

SERIE FAMILIAR 5

David Copperfield



FREDDIE BARTHolemew
W.C. FIELDS
LIONEL BARRYMORE
MAGDE EVANS
MAUREEN O'SULLIVAN
LEWIS STONE

1 PTA.

ediciones bistagne

SAINZ DE
MORALES.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

David Copperfield

Magnífica e insuperable adaptación cinematográfica
de la novela reconocida como la obra más amena y
conmovedora del inmortal CARLOS DICKENS

Dirección de
GEORGE CUKOR

Es un film
Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por
Metro-Goldwyn-Mayer
Ibérica, S. A.
Mallorca, 201 y 203 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

18 Enero 1936

PRINCIPALES INTERPRETES:

Freddie Bartholomew
W. C. Fields
Lionel Barrymore
Madge Evans
Maureen O'Sullivan
Lewis Stone
Elizabeth Allan

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

David Copperfield

Argumento de la película

I

Un viento huracanado barría las calles de Blunderstone, simpático pueblecito cercano a Londres. más, como si lo que estuviera viendo no fuera cosa de su agrado.

Atravesando con dificultad el arroyo, expuesta a que el vendaval diera con ella en el suelo, una figura de mujer, alta y escuálida, encaminábbase en derechura a una casita de aspecto sencillo y simpático, rodeada por un pequeño jardín.

Decidida, abrió la puerta del rastrillo y penetrando en el jardincillo citado, se acercó a una de las ventanas y aplastó contra los cristales de ésta las narices para avisar al interior.

Su rostro, habitualmente ceñudo, pareció ensombrecerse aún

En la pieza que se descubría desde la ventana, una salita pulcra y recargada de muebles complicados y cortinajes ostentosos, como era moda en aquellos tiempos — primera mitad del siglo pasado —, había una mujer joven, de aspecto delicado, que, envuelta en una manteleta y tocada con una cofia, bordaba en una almohadilla con acendrado primor, esta inscripción, en hilillo de oro: "Dios bendiga al bebé."

La recién llegada golpeó con los nudillos en el cristal, para llamar la atención de la joven.

Cuando ésta se volvió, vió que

desde la ventana la desconocida le hacía señas de que le abriese, gesticulando desaforadamente.

Dejó la labor y acudió a satisfacer el requerimiento de aquella estrañaria mujer, a la que jamás había visto en su vida. Y, no obstante, algo había que le hacía suponer que no se trataba de una extraña. Quizá anteriormente alguien le había descrito ya aquellos ojos penetrantes, aquel entrecejo sombrío, aquel severo fruncimiento de labios y aquella descomunal capota que enmarcaba las facciones angulosas del rostro, flanqueadas por ambos lados por unos bandos estirados, de pelo negro y brillante.

Abrió la puerta, y en su marco apareció la figura grave y enjuta de la forastera, quien contemplándola con impertinente altanería, inquirió en agrio tono:

—¿Es usted mistress David Copperfield?

—Sí — respondió humildemente la frágil damisela, bajando la vista, como atemorizada con el modo de mirar con que la examinaba aquella mujer.

—¿Ha oído usted hablar de miss Trotwood? — le preguntó su visitante.

—Sí, ya, ya he tenido ese placer — balbuceó la joven, comprendiendo que no había andado descaminada en sus suposiciones.

—Pues ahora la tiene usted delante — afirmó su interlocutora.

Hizo una inclinación de cabeza la damita e invitó a la otra a pasar.

Pisando fuerte penetró la llamada miss Trotwood. Parecía como si se hallase en país conquistado. Sin cumplidos de ninguna clase, fué a sentarse junto a la chimenea, en la que ardía una fogata acogedora.

Humildemente sentóse la joven a unos pasos de ella e inquirió el motivo de su visita.

La desconocida manifestó con aspereza, que no creía fuera difícil adivinar qué era lo que la traía allí. Ella era tía del difunto esposo de su visitada; de David Copperfield.

Al oír mencionar el nombre de su marido, la joven dueña de la casa no pudo contener el llanto. ¡Qué desgraciada era desde que él faltaba! El desdichado se había ido para siempre de este valle de lágrimas, precisamente cuando más falta hacía en él, ya que la espo-

sa hallábase en vías de ser madre.

—¡Vamos, vamos! No llores. ¿Entiendes? — le apremió con acritud la tía del que ya no vivía.

Pero mistress Copperfield no pudo entenderla en su imperioso mandato. Su congoja era superior a la voluntad de miss Trotwood.

Apiadándose repentinamente de su dolor, la tía colocóse a su lado, y procurando dulcificar su talante, exclamó, mientras contemplaba a la otra con fijeza:

—¡Por vida mía! Ahora me doy cuenta de que eres tan sólo una niña.

—¡No tanto que no sea ya viuda! — replicó entre sollozos mistress Copperfield, y añadió, subiendo de punto su acongojamiento: — ¡Y pronto seré madre, si es que vivo! ¡Dios mío, cuánto temo que llegue ese instante! Estoy segura de que moriré en el trance.

—¡Bah, bah! ¡Nonadas! — le atajó crudamente la tía Trotwood, y le recomendó seguidamente que tomase un poco de té para calmar la excitación nerviosa en que se hallaba.

Mordió la punta de su bordado pañuelo mistress Copperfield, para tratar de contener su pena.

Arrellanóse en su asiento miss Trotwood, y sin abandonar ni por un solo momento su actitud severa, hierática, empezó a hablar de esta manera:

—No sé si sabrás que David Copperfield era mi sobrino predilecto. Con toda franqueza admito me sentí mortalmente ofendida cuando, sin consultarme, se casó con una muñeca, según decían. Claro está que yo no te conocía entonces. Pero, dejemos esto, y resóndeme a lo que voy a preguntarte. Ahora que vas a tener una niña, ¿qué nombre piensas ponerle?

Mistress Copperfield la miró con extrañeza. ¿Una niña? ¿Por qué habría de dar a luz precisamente una niña? ¿Y cómo podía aquella mujer precisar el sexo del nuevo ser antes de que éste saliera al mundo?

Desde que perdiera para siempre a su esposo, mistress Copperfield había albergado la esperanza y la ilusión de que el vástagos que llevaba en sus entrañas fuera un varón que heredase el parecido y las buenas condiciones morales de su padre para que ello pudiera servirle en cierto modo de compensa-

ción a su desventura y de consuelo en su soledad.

Por eso al escuchar con cuánta firmeza aseguraba mis Trotwood que el fruto de su maternidad sería una niña, sintió que su alma se rebelaba, y replicó, sin vencer del todo su timidez:

—Es posible que sea un niño... La tía se puso furiosa.

—¡No me contradigas! —exclamó. Y con el índice en alto, moviéndolo amenazadoramente, le previno así a la joven—: Tengo el presentimiento de que ha de ser una muchacha. Y yo debo servirle de madrina. ¡Pues no faltaría más! Recibirá los nombres de su tía, es decir, Betsy Trotwood Copperfield, y con ellos una educación irreprochable. ¡Yo me encargaré de que así sea! ¡La educaré mucho mejor de lo que mi torpe sobrino la hubiese educado! ¿Entiendes?

Mistress Copperfield no pudo contener el llanto. Retorciéndose de desesperación, balbuceó, entre sollozos:

—¡Oh, Dios mío! Hace sólo seis meses que murió mi esposo! ¡Qué doloroso resulta para mí oírle a usted hablar de él con tan extremada dureza!

Hecha un mar de lágrimas, se puso en pie y anduvo unos pasos por la estancia.

Pero su excitación era tal y su resistencia tan escasa, dado lo avanzado de su estado, que sintiendo que las fuerzas le flaqueaban, tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón, a tiempo que con voz angustiada llamaba:

—¡Peggotty! ¡Peggotty!

Mas cuando Peggotty, la vieja aya que la había visto nacer, penetró en la estancia, alarmada por el requerimiento de su señora, ésta había rodado ya por el suelo.

—¡Niña mía! ¡Ah, niña mía!... ¡Ya me lo estaba yo temiendo! —gimoteó Peggotty, arrodillándose junto a ella.

La tía Betsy se levantó de un salto de su asiento.

—¡Vamos, vamos! No hay que aturdirse — exclamó imperativamente—. Corra usted a traer al doctor. ¡Por fortuna estoy yo aquí para velar por todos! ¿Qué hubiese ocurrido de no ser así? ¡No quiero ni pensarlo!

* * *

Aquella misma noche, mientras el viento silbaba lugubriamente, na-

ció David Copperfield, hijo.

Y tía Betsy, al ver que su sobrina *no había querido complacer-*

la dándole la niña que ella hubiera deseado, abandonó, airada, aquella casa, para no volver jamás.

II

Pasó el tiempo.

David Copperfield era ya un niño de ocho años, de constitución delicada y de rostro agradable y simpático.

El hecho de ser huérfano de padre, enternecía el corazón—ya de por sí bastante tierno—de su madre, la cual se desvivía por su hijito, al que mimaba y proporcionaba toda clase de gustos y caprichos.

Otro tanto le ocurría a Peggotty, la vieja aya que fuera de mistress Copperfield y que, a sus años, tenía que participar en los juegos de David para distraer a éste. Claro que ello no le costaba gran esfuerzo a la buena mujer, ya que poseía un carácter y una ingenuidad verdaderamente infantiles.

Con los años, el recuerdo de míster Copperfield se había ido borrrando del corazón de su esposa de

tal modo que éste ya era terreno abonado para que fructificara en él una nueva pasión. Sólo faltaba que cayera en él la semilla, y la semilla cayó. Cierto caballero de la localidad, apellidado Mardstone, empezó a cortejar a la joven viuda.

Era un hombre apuesto, pero infatulado y altanero.

La primera vez que lo vió David fué un domingo, en la iglesia, durante el oficio divino.

Mientras el sacerdote, con monótono sonsonete, predicaba su sermón, el niño, aburrido, paseaba la vista por los feligreses, observándolos con pueril curiosidad.

De pronto se agarró al brazo de su madre con terror. Y al inquirir la señora Copperfield la causa de éste, el niño, con los ojos espantados, fijos en un caballero vestido de negro, muy estirado en su levita, balbuceó:

—Fíjate, mamá, en ese hombre. ¡Es igual que la pantera negra que hay pintada en mi libro de animales!

La mamá sonrió al escuchar la ocurrencia de su hijo y le reconvió cariñosamente con estas palabras:

—Calla, querido; no digas esas cosas. Ese caballero es míster Murdstone, un buen amigo de mamá.

La aversión que le causó a David Copperfield la vista de míster Murdstone no se habría de borrar ya nunca de su ánimo.

Y por desgracia para él, aquel hombre tendría que pesar mucho en su vida, poco tiempo después, puesto que la voluntad de mistress Copperfield se fué rindiendo al amoroso asedio de que la hacía víctima el orgulloso caballero.

David vió que su madre salía casi todas las tardes y siempre sola.

Un anochecer, al regresar mistress Copperfield a su casa, le abrió la puerta, gozoso, David.

El rostro alegre del niño tornóse ceñudo al ver a su madre acompañada de aquel caballero de la iglesia que tan desagradable impresión le había producido.

Míster Murdstone, para halagar a la madre, dijo con una forzada sonrisa, al ver que David la besaba:

—Este niño goza de enviables privilegios.

Y le tendió la mano.

David Copperfield lo contempló un momento, y volvió la cabeza, despectivamente.

—¡Pero, David! — le reprochó su mamá.

Tragando bilis, pero forzando más su hipócrita sonrisa, Murdstone hizo como que tomaba la cosa a broma.

—¡Qué simpático! — murmuró.

—Es delicioso el afecto que la tiene. Teme que la roben a usted.

—David, eso que has hecho no está bien — dijo la dama —. Míster Murdstone se ha tomado la molestia de acompañarme hasta casa y tú, en lugar de agradecérselo, te portas como un niño mal educado.

—¡Bah, no le reprenda! Son cosas de criaturas. ¡Ea, démonos las buenas noches, querido jovencito! — manifestó Murdstone.

—Buenas noches — gruñó ásperamente el muchacho.

—¡Ja, ja! Vamos, vamos. Tú y

yo tenemos que ser muy buenos amigos.

Murdstone acompañó estas palabras volviendo a tenderle la mano al niño.

Forzado a tener que estrechar la mano de aquel hombre, David Copperfield le presentó la izquierda para demostrarle de este modo su desprecio. Mamá se dió cuenta y volvió a reñirle.

Y aunque de los labios de míster Murdstone salieron palabras de disculpa, en el fondo de sus sentimientos aquel hombre sintió un hondo resquemor contra el niño que de tal modo le patentizaba su antipatía.

La guerra entre el orgulloso caballero y David Copperfield estaba declarada; guerra que había de durar mucho tiempo y en la que el niño sería siempre la víctima.

En cuanto Murdstone se retiró y mistress Copperfield entró en la casa, Peggotty, que tampoco veía con buenos ojos aquellas relaciones, le dijo en tono irónico a su señora:

—Deseo que haya pasado una buena tarde.

—Agradezco tu interés, Peggotty. En efecto, ha sido una tarde

agradable — repuso mistress Copperfield mientras se despojaba de las prendas de calle.

—Hallarse en compañía de un desconocido, resulta agradable a veces — arguyó, en el mismo tono sarcástico, la vieja sirvienta.

Mistress Copperfield la contempló con aire de reto.

Y Peggotty, sin poderse contener ni un momento más, estalló:

—¡No, no! Eso no puede ser... Eso no será, de ningún modo.

La dama llevóse las manos a la cabeza, con gesto de mártir.

—¿Por qué me has de exasperar de ese modo? ¡No seas tan cruel conmigo! — exclamó.

—¡Ese hombre no es digno de sustituir a míster Copperfield, aunque a usted le guste! Eso se lo digo yo a usted y hasta se lo juro si hace falta.

—Oh, Dios! Esta mujer me volverá loca — gimió la señora —.

—Habrá habido en el mundo una mujer tan maltratada por sus criadas como yo? — ¿Por qué le profesas esa antipatía a míster Murdstone? — Es que quieres sugerir acaso que le he perdido el cariño a mi más preciado tesoro, al niño más mimado y querido del mundo?

Este golpe surtió su efecto, máxime cuando mistress Copperfield se había abrazado a su hijo y lo estrechaba amorosamente contra su pecho, lloriqueando.

David, emocionado, lloraba también.

Peggotty enternecióse.

— Nunca me hubiera atrevido a pensar tal cosa — manifestó, haciendo pucheros.

Mistress Copperfield remachó aún más el clavo.

— ¿Es que me porto contigo como una mala madre, David? ¿Acaso soy yo para ti una cruel, egoísta y malvada mamá? ¿Crees que no te quiero? Contesta.

— ¡Oh! ¡Sí, sí que me quieres! — gimió el niño, abrazándose al cuello de su madre.

Peggotty estaba vencida. Con la punta del delantal se sécaba las lágrimas, mientras balbuceaba entre hipidos:

— Yo nunca he querido ofenderla, señora. Jamás me lo perdonaría. ¡Jamás!

Tácitamente quedaba aceptado el candidato a la mano de la señora desde aquel momento. Pero tampoco Peggotty, como David, podría nunca simpatizar con aquel hombre que más tarde había de mostrar que poseía un corazón tan duro como sus facciones.

III

Una mañana, mientras Peggotty lavaba a David, le preguntó:

— ¿No te gustaría venir a pasar un par de semanas conmigo a casa de mi hermano, en Yarmouth?

— ¿Es tu hermano un hombre simpático? — inquirió el niño ingenuamente.

— Claro que sí. Y es pescador.

— ¡Ah, qué bien!

— Y allí verás muchos barcos navegando en el agua.

El niño estaba loco de contento. Pero una reflexión se le acudió pronto a la mente.

— Escucha, Peggotty, si nos vamos nosotros, ¿cómo se las va a arreglar mamá mientras estemos

fueras? Ella tendrá miedo de dormir sola en esta habitación tan espaciosa.

Tragó saliva Peggotty antes de contestar:

— ¡Bah, no te inquietes! ¿Es que no sabes aún? Mamá se irá durante unos cuantos días a casa de unos amigos.

Rió, con risita de conejo, y añadió, con amarga ironía:

— Yo te aseguro que tendrá suficiente compañía, hijito.

Llegado el día de la marcha, David y Peggotty subieron al coche de Barkis, el viejo auriga que los había de conducir a Yarmouth.

Hecha un mar de lágrimas, la señora Copperfield despidióse de su hijito.

— ¡Cuídame con cariño, Peggotty! — le suplicó a la sirvienta. Y al cochero: Guíe usted el coche con precaución, míster Barkis. Se lo ruego.

Púsose en marcha el coche.

Había andado largo trecho, y aun David se volvía a decirle adiós a su madre, agitando su pañuelo. Y cuando ya iba el carroaje a doblar un recodo, vió el niño que un jinete llegaba junto a su madre, y descabalgando, se aproximó a ella y la abrazó con ternura.

Era Murdstone, aquel hombre que en su imaginación infantil se le aparecía igual que la pantera negra que tenía en su libro de zoología ilustrada.

IV

En aquellos días era Yarmouth un pintoresco pueblo de pescadores.

El espectáculo que se ofreció a los ojos de David cuando llegaron a él, le produjo una honda impresión.

En la playa, convertida aquel día en mercado, una multitud de hombres de mar deambulaba con sus extraños atavíos y con sus trebezos de pesca al hombro.

El mar era allí de un color plomizo, casi perlado, como la bruma

que, muy tenue, se cernía sobre ellos.

Las olas rompían mansamente en la playa, con un rumor apagado, arrullador, que acariciaba los oídos del muchachito como un murmullo materno.

Peggotty, que avizoraba entre la multitud, descubrió de pronto a un mocetón fornido, y dió un grito de alegría.

—¡Oh! Allí está mi Ham —exclamó—. Ha crecido tanto, que no sé ni cómo yo misma he logrado reconocerlo. ¡Ham!

Al oírse nombrar, el mocetón miró hacia el coche. Su ancho rostro, de nobles facciones, se iluminó con una sonrisa cuando reconoció a la persona que le llamaba.

Corrió al carroaje y ayudó a desender a Peggotty mientras le decía:

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo está usted, tía?

Y la abrazó cariñosamente.

Barkis, el cochero, que desde su pescante observaba esta escena, le dió con el codo a David, quien se hallaba a su lado, y le preguntó:

—¿Quién es ese sujeto?

—Es Ham. Su sobrino —le informó el niño.

El semblante de Barkis, que parecía dominado por una preocupación, se serenó. Y de sus labios salió un sonido que lo mismo podía ser un gruñido que un suspiro de alivio.

—Supongo que ella no tendrá novio, ¿eh? —le dijo a David, muy bajito.

Extrañóse el niño de estas palabras. Y creyendo no haber oído bien, inquirió:

—¿Qué?

—Digo que no hay quién le haga la corte.

—Ah, no, no!

La satisfacción se pintó en la ancha cara del cochero.

—Bien, bien —rezongó—. Entonces, cuando usted tenga ocasión de hablar con ella a solas, señorito, ¿podría usted decirle lo siguiente: "Barkis está libre"?

Parpadeó el niño, sin comprender.

—¿Que Barkis está libre? ¿Y eso es todo el recado?

—¡Je! Pues sí... sí. Ese es todo el recado. "Barkis está libre." ¿Se lo dirá usted?

—Claro que sí. Descuide usted.

Despidiéronse David y Peggotty de Barkis, y mientras éste se

alejaba con su carricoche, ellos emprendían el camino de la casa de Daniel Peggotty, el hermano de la aya, en compañía del buen Ham, con quien simpatizó en seguida el chiquillo.

Una grata sorpresa le causó a David la casa de Daniel. Su imaginación infantil no hubiera podido nunca imaginar nada más fantástico. Dan, como familiarmente llamaban al viejo Daniel, había construído su vivienda en la playa, con el casco de una vetusta goleta que, invertida, le servía de techumbre, mientras los muros de la casa habían sido hechos de tablones perfectamente ensamblados sobre traviesas.

—¿Verdad que es un barco verdadero, de los que van por el agua? —le preguntó a Ham, al divisarla desde lejos.

La acogida que los moradores de aquella singular vivienda dispensaron a los recién llegados, no podía ser más alegre y dichosa.

Dan Peggotty era un hombre buenísimo, que poseía un carácter jovial, a pesar de los años. Su aspecto era rudo, de hombre curtido en las luchas con el mar, pero atrayente, simpático. Tenía el pe-

lo y la barba —recortada como un collar, a uso marinero—, ya encanecidos, pero aun así la expresión de su rostro era de muchacho.

Con él compartían su hogar su sobrino Ham, su sobrinita Em'ly, y una vieja quejumbrosa a quien llamaban la señora Gummidge.

—Bien, señorito —le dijo Dan a David, después de habérselo presentado su hermana—, me alegro de conocerle. Usted tal vez nos encuentre rudos, pero siempre sinceros.

La niña Em'ly vino a sentarse en las rodillas de su tío, riendo.

Era una criatura preciosa, rubia, de la misma edad que David.

Con infantil picardía, Em'ly introdujo su manita en el bolsillo interior del recio chaquetón de marino de su tío, y extrajo un collar de cuentas azules, riendo con algarabía.

A la suya hizo dúa la fuerte risa de Dan.

—Ja, ja, ja! ¿Te gusta? —le preguntó a la niña—. ¡Ja, ja, ja! Es para ti. Míralo; es azul, igual que tus ojos, preciosa mía. Lo ha traído un barco muy grande, desde muy lejos. Desde Francia.

Púsose la niña el collar y dióse a corretear, loca de alegría, por la reducida pieza.

La señora Gummidge, que se hallaba junto a la fogata del hogar, tosió, con una tosecita de gato, y empezó a quejarse como era costumbre inveterada en ella. Sus lamentaciones eran siempre las mismas, y ya, por eso y porque no tenían fundamento, nadie hacía caso de ellas.

—¡Ah, esta maldita chimenea! — refunfuñaba. — Ah, qué desdichada es una, y qué sola está en la vida! No sé por qué todas las cosas han de ponerse en contra mí.

—Ten paciencia, *chiquilla* — bromeó Dan—, que todo tiene fin en este mundo, y nosotros también lo tendremos algún día.

—Pero yo sufro demasiado.

Súbitamente comenzó a hacer extrañas contorsiones y a exclamar:

—¡Oh, oh, oh! ¿Qué es lo que tengo ahora que me recorre toda la espalda? ¡Ah! Es el primer escalofrío del invierno.

—Eso es malo, eso es malo — objetó Dan, burlón, mientras encendía su pipa con un sarmiento al que había prendido fuego en la chimenea.

—¡Oh! Estoy muchísimo peor de lo que yo misma me imagino, Daniel — siguió la vieja, compungida—. Lo mejor es que me vaya a un asilo de ancianos a morir en él y así os evitaré molestias a todos.

Dan movió la cabeza, sonriendo, y le dijo a su hermana:

—Todo eso es porque se acuerda de su hijo. ¿Si la conoceré yo?

Con la natural curiosidad, propia de la edad, David empezó a hacerle preguntas y más preguntas al jefe de aquella familia.

—Míster Peggotty — le decía. — ¿Le puso usted a su hijo Ham ese nombre porque vivían en esta casa que está hecha como el arca de Noé? (David confundía Ham con Cam.)

—No, señorito — respondió Daniel—. El nombre de Ham se lo puso su propio padre, o sea mi hermano Joe.

—Que murió, ¿no es cierto?

—Sí, murió ahogado.

—Pero la niña Em'ly, ésta sí que es hija de usted, ¿verdad?

—Tampoco. El padre de Em'ly era Tom, mi hermano político.

—¿Y se murió también?

—Sí, ahogado.

—Entonces no tiene usted ningún hijo, míster Peggotty?

—No, señorito; soy soltero.

—Entonces, ¿quién es aquélla?

—Esa es mistress Gummidge.

—¿Y qué hace aquí?

La anciana Peggotty, viendo que las preguntas del niño podrían remover los recuerdos de la quejumbrosa mistress Gummidge, optó por llevárselo a su cuarto y acostarlo, y mientras lo desnudaba, le explicó que el esposo de mistress Gummidge era compañero de Daniel... ¡Y también murió ahogado!

—Entonces... ¿era él su viejo? — inquirió el niño.

—Eso es, querido. Escúchame. Em'ly, al igual que su primo Ham, son huérfanos. Mi hermano los recogió a los dos; y a mistress Gummidge también. ¡Ah! El es tan bueno como el oro y tan leal como el acero; pero se enfada mucho si a la gente se le ocurre elogiar la bondad que demuestra para todos.

—Ya lo tendré en cuenta — manifestó David.

En aquel momento se acordó de algo importante.

—Oye, Peggotty — dijo—; se me había olvidado decírtelo. Ten-

go que darte un recado de parte de míster Barkis.

—¿Qué recado? — preguntó la buena mujer, inquietándose y arrebolándose las mejillas.

—Sólo me dijo que te dijera: "Barkis está libre."

Peggotty echóse a reír a carcajadas, ocultando el rostro con el delantal para que el rubor no la denunciara.

—Habrás visto mayor descaro? ¡Ja, ja, ja!

El niño no comprendía el motivo de aquella risa.

—Pero, ¿qué tienes, Peggotty? ¿Por qué te ríes así? Di, ¿qué tienes?

—Nada. Que ese condenado de hombre... ¡ja, ja! ¡Que quiere casarse conmigo!

Tornóse súbitamente seria, y abrazando a David, declaró:

—¡Oh, no, no! Yo no os dejaré nunca; ni a ti ni a tu madre, por todos los místers Barkis que haya en el mundo. Y mucho menos ahora.

—¿Y por qué ahora no?

Quedó ella pensativa, y luego, como el que aparta una idea desagradable, movió la cabeza y musitó:

—¡Oh! Por nada, por nada.

Como puede suponerse, dada la igualdad de edades, David y la niña Em'ly hicieronse en seguida muy buenos amigos.

Todo el día se lo pasaban corriendo por la playa, entregados a sus inocentes juegos infantiles.

Em'ly poseía una fantasía exuberante. Ella misma se creaba un mundo a su antojo, en el que lo feo se embellecía por obra y gracia de su propia imaginación.

David la solía escuchar embobado, participando de las delicias de aquel mundo fantástico sin necesidad de esforzar mucho la mente.

Em'ly tenía el deseo de viajar, de ir muy lejos, en uno de aquellos buques majestuosos que veía cruzar muchas veces por aquel mar que desde su casa se divisaba. Y también un precoz delirio de grandeszas.

Años más tarde, David recordaría muchas veces la escena de una mañana soleada, y que, analizada por él, al cabo de tanto tiempo, le daba la clave del carácter, del espíritu de Em'ly y le hacía com-

prender hechos que aquellos niños no podrían suponer, a pesar de su desbocada fantasía y que habrían de ocurrir para desdicha de la propia Em'ly.

Estaban ambos niños jugando en la playa, con montones de arena.

De súbito, Em'ly, tendida boca abajo en uno de aquellos montones, lo mismo que su compañero, quedóse muy pensativa, mirando al horizonte.

Rompió su mutismo, para decir:

—Yo quisiera ir allá lejos, muy lejos, en un barco grandote. Iría allí—y con su dedito señalaba un punto del horizonte—, allí, que es donde está Francia y de donde ha venido mi collar de cuentas azules. Y ¿sabes? España está a aquel lado.

Y volvía a señalar arbitrariamente a otro lugar de la vasta inmensidad marina.

—Yo no soy más que la niña de unos pescadores — proseguía, con tono juicioso—, pero cuando sea mayor, seré una gran señorona, y entonces iré a todos los sitios que quiera.

David ya la veía imaginativamente llena de riquezas, convertida en una "gran señorona", como ella

decía; pero, cosa rara, sin perder su figura ni su rostro de niña.

Entusiasmado con tan soberbia perspectiva y pensando que alguien había que merecía también participar del ilusorio bienestar de Em'ly le dijo a ésta:

—Y también llevarás a míster Peggotty. Es más bueno que nadie.

—Claro que sí!—afirmó la niña—. El día en que yo llegue a ser una señorona rica, le voy a regalar una casaca azul celeste, con botones de diamantes y un tricornio con muchos galones, y una caja llena de monedas de oro.

Levantóse rápida, en brusco arrebato, y diciendo a David: "Fíjate", se encaramó a una estrecha y alta pasarela que se adentraba varios metros en el mar y la cual servía para pescar con caña desde su extremidad y también para tender las redes a secar.

—¡Ahora me voy a Francia!— gritó la niña.

Y corriendo con agilidad de corza, sin perder ni por un instante el equilibrio, llegó hasta la terminación de la pasarela y allí abrió

los brazos, gozándose en sentirse azotada por el viento.

David la contemplaba horrorizado.

—¡Vuelve, Em'ly! ¡Vuelve aquí en seguida! — la gritaba, temeroso de que se cayera al agua y una de aquellas olas que rompián con fuerza por debajo de la pasarela, se la llevase a las profundidades marinas.

La figurilla de la nena recortábase graciosamente sobre el azul del cielo. El sol, al chocar sus rayos en la rubia cabellera, la nimbababa de oro. Y ella, extendidos sus bracitos, avanzando el pecho como una proa anhelante de cortar aquellas aguas verdes y alborotadas, era como un pequeño símbolo de la Aventura, y al mismo tiempo un símbolo de libertad. De aquellas libertad y aventura que, pese a sus pocos años, tanto ambicionaba ya.

Cuando regresó junto a David, radiante el rostro de felicidad, manifestó:

—¡Qué gusto da ir saltando y corriendo hasta allá! Parece como si una fuera a volar, a volar muy lejos...

V

La estancia en Yarmouth le pareció a David fugacísima. Los días tenían alas.

Por su gusto no se hubiera movido jamás de allí. Eso sí, en el caso de que su mamá se hallase también a su lado. Solamente a ella echaba de menos en aquel paraíso que para él era la casa marítima del viejo Peggotty.

El viaje de regreso lo hizo con el pensamiento puesto en su madre. ¿Qué haría? ¿Estaría bien? ¡Qué alegría tan grande recibiría al verle!

Aun no se había detenido el coche cuando David saltó de él y, corriendo, entró en su casa gritando a pleno pulmón:

—¡Mamá, mamá! ¡Ya estamos aquí! ¡Mamá!

Pero un silencio absoluto reina ba en la casa, un silencio que sobrecogió con extraño terror su ánimo.

Peggotty, que había corrido presurosa tras él, le llamó.

—Peggotty, ¿dónde está mamá?

—inquirió el niño, con inquietud.

Y como hiciera ademán de subir la escalera que conducía a las habitaciones de su madre, la vieja aya le contuvo, diciéndole:

—Espera un momento, querido Davy. Tengo algo que decirte.

El tono misterioso de estas palabras acabó de alarmarle.

—¿Dónde está mamá? ¿Qué es lo que pasa? No habrá muerto, ¿verdad?

—¡No, no! ¡Por Dios santo!— protestó Peggotty.

—¡Oh! Algo malo ocurre.

Peggotty bajó la cabeza.

—Algo que tú no te figuras, Davy — declaró —. Tienes un papá. Otro papá.

—¿Qué... que tengo otro papá? ¡Oh, Peggotty!

Se echó a llorar en los brazos de la vieja sirvienta.

—Sí, Davy, y ahora vamos a verle.

—¡Yo no quiero verle!—protestó el niño, con rebeldía.

D A V I D C O P P E R F I E L D

—Pero sí querrás ver a tu mamá, ¿verdad? Anda, vamos.

Conducido por Peggotty, llegó hasta una salita del piso alto de la cual salía el monótono sonsonte de la voz de un hombre que, al parecer, leía algún libro de oraciones.

Tímidamente penetró en la estancia y lo primero que vieron sus ojos fué a míster Murdstone, aquel hombre que era “como la pantera negra”, muy arrellanado en un sillón, pero muy solemne, leyendo, en efecto, un libro de máximas religiosas.

Mistress Copperfield, o mejor dicho mistress Murdstone, se hallaba, no muy lejos de su esposo, haciendo labor.

Aunque David no hizo ruido alguno al entrar, un presentimiento materno hizo que ella mirase hacia la puerta, y al ver a su hijito, dejó caer la costura y exclamó emocionada:

—¡David!

El niño se precipitó en sus brazos.

La alegría hizo brotar lágrimas de los ojos de Clara mientras estrechaba a su hijo contra su pecho.

Murdstone, apretando las man-

dibulas, se levantó de su asiento, y con tono severo amonestó a su esposa:

—Recuerda lo que te he dicho, Clara. Domina tu emoción.

Luego le tendió la mano a David.

—¡Hola, amiguito. ¿Cómo estás?

El niño dejóse estrechar la mano sin responder.

Una voz áspera se oyó rezongar en la puerta de la estancia:

—Bien, ya está arreglado el desván.

Miró David al lugar de donde provenía dicha voz y vió penetrar a una mujer de rostro duro, en el que unas cejas probladísimas le daban un aspecto tenebroso.

Traía un quinqué en la mano.

—Bien sabe Dios lo que me ha costado arreglar ese dichoso desván —refunfuñaba—. Y bien que lo necesitaba. Cubos, jarros, cajas de té vacías, de pimienta, tarros de encurtidos y un sin fin de basuras. ¡Qué sé yo lo que habrá!

Al dejar el quinqué en una mesa reparó en David.

—¿Es éste tu hijo, cuñada?

—Sí—respondió Clara, y dirigiéndose a su hijo—: David: tu tía, miss Murdstone.

La áspera mujer contempló de arriba abajo al niño y declaró, sincera:

—En general los niños no me hacen gracia. ¿Cómo estás, muchacho?

—Muy bien, ¿y usted, tía? —balbuceó el chico.

Tan trabajosamente le salió la pregunta, que miss Murdstone gruñó:

—¡Hum! No es muy cortés la criatura.

Volvióse hacia mistress Copperfield, y le dijo, con acritud:

—Querida Clara: yo estoy aquí, como tú sabes, para ayudarte en todo lo que buenamente pueda. Eres demasiado bonita e irreflexiva para llevar el mando de la casa. Por lo tanto ten la bondad de darme las llaves.

—Pero... ¿todas ellas? —aventuró tímidamente mistress Copperfield entregándole las llaves.

—Tú verás cómo lo arreglo todo sin tener que molestarte en absoluto.

—Pero... yo desearía ser consultada sobre los cambios que se efectúen en mi propia casa —se atrevió Clara a manifestar.

—¿Has dicho en *mi* propia casa? —inquirió Murdstone colérico.

—En *nuestra propia* casa, he querido decir — corrigió humildemente la esposa.

—¡Edward! —saltó la arpía de Jane Murdstone—. ¡Que esto acabe de una vez o me marcho mañana!

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —le ordenó, imperativamente, su hermano, el cual encaróse a renglón seguido con su esposa, para reprocharle—: ¡Me extraña mucho tu conducta, Clara!

Ella trató de excusarse, llorosa.

—Estoy segura de haber llevado bien la casa antes de casarnos... Que diga Peggotty si es cierto.

—¡Clara! Tu rebelde actitud me sorprende.

—Aun cuando no haga absolutamente bien todas las cosas —prosiguió la infeliz—, yo había llegado a suponer que a ti te satisfacía mi... falta de experiencia. Recuerdo que así me lo dijiste una vez.

Murdstone, con el rostro empalidecido por la bilis, hizo la siguiente declaración:

—Es cierto que yo hubiera sentido una gran satisfacción reforzando en lo posible tu carácter,

infiltrándole la firmeza y la decisión de que carecieron hasta ahora. Pero cuando mi hermana se ha dignado venir a esta casa voluntariamente, aceptando hallarse en calidad de ama de llaves o algo parecido, y veo que recibe de tu parte tratamiento tan indigno, mis sentimientos hacia ti, sin yo quererlo, se enfrián.

—¡Oh, por Dios! ¡No digas eso, Edward! —protestó, llorando, Clara—. ¡No lo puedo resistir! A pesar de todo, soy una mujer afectuosa, y no puedo vivir sin tu cariño.

—Las demostraciones de emoción no me convencen; así es que pierdes el tiempo —replicó, brutalmente, Murdstone.

Ella se recogió en su sillita, junto a su hijo, suplicándole humildemente perdón al esposo.

—Ya sé que tengo muchos y grandes defectos, y os agradezco a los dos que procuréis corregírmelos —balbuceó.

—¿Entonces queda suficientemente aclarado que desde ahora yo me encargo de todo? —preguntó, autoritaria, Jane Murdstone.

—Sí, Jane. Yo no me quejo de nada. Sólo pido que seamos amigas. Yo no podría vivir en un ambiente hurao de fría hostilidad. Perdóname.

Toda esta escena la había contemplado David con ojos asustados. Su pobre corazón sufría horriblemente de ver sufrir a su madre.

Y cuando Murdstone le ordenó que se fuese a su cuarto, con tono imperioso, sintió que el odio que ya sentía contra aquel hombre, se acrecentaba en su pecho.

VI

Un verdadero suplicio fué, para David Copperfield, desde entonces, la vida en aquella casa en la que sólo alegrías y dulzuras había conocido.

Su padrastro era cruel, tiránico para con él, gozándose en torturarlo y en hacerlo sufrir.

Su presencia le desconcertaba, le horrorizaba.

Una tarde en que su madre tomábale la lección de geografía, turbado David sólo de ver delante de él a su padrastro, que leía, se le trabucaron las ideas y no supo responder.

—¡Ah, Davy, Davy! — le amonestó cariñosamente su madre.

Murdstone, que había estado más atento a la escena que se desarrollaba entre madre e hijo que a la lectura, cerró su libro y se puso en pie.

Clara y David echáronse a temblar.

—No, Clara. No basta decir: ¡“Ah, Davy, Davy!” . Eso es estúpido. El caso es éste: o el muchacho se sabe la lección, o no se la sabe.

—Y bien claro está que no la sabe—arguyó Jane.

—Hoy no la sabe, es cierto—murmuró tímidamente Clara.

Murdstone cogió un bastoncillo flexible por sus dos extremos y lo enarcó, a la altura de su rostro.

Adivinó Clara sus intenciones, y aterrorizada le suplicó:

—¡Por Dios, Edward!

Mas éste, sin hacerla caso, se situó ante David, y luego de ordenarle que se sentara y que cogiese su pizarra, empezó a dictarle un pro-

blema sin dejar de arquear entre sus manos el junquillo.

El niño trataba de concentrar su memoria para comprender lo que le iba diciendo su padrastro, pero la visión de aquel bastoncillo, que era una amenaza que pendía sobre él, le obsesionaba y no conseguía su propósito.

Todo su cuerpo temblaba de pavor. Hasta que llegó un instante en que, enloquecido por el miedo, soltó la pizarra, y llevándose las manos a la cabeza gritó:

—¡Se me saltan las sienes! ¡No puedo pensar!

—¡Davy, Davy! — clamó su madre, sabiendo lo que se avecinaba.

Se sintió indisposta.

—¡Ay, Edward! No me encuentro bien.

Pero aquel tirano, en lugar de dominar su ira para no acongojar más a su esposa—quien hallábase en vías de ser madre por segunda vez—le dijo a su hermana, con taimada hipocresía:

—No podemos esperar en modo alguno que Clara tenga la suficiente firmeza para soportar disgustos y sufrimientos como los que David le ha proporcionado hoy. David;

vas a hacerme el favor de venir arriba conmigo. ¡Vamos!

Madre e hijo imploraron perdón, pero fué en vano. Murdstone mantuvo inflexible.

Condujo al niño al desván, y se encerró ahí con él.

—Yo sabía la lección! — protestaba David.

Esgrimiendo el bastón en su diestra, Murdstone le preguntó, sádico:

—Para conseguir domar a un potro rebelde, ¿qué crees tú que se debe hacer?

—No lo sé — respondió el muchacho.

—¡Apalearle! Apalearle hasta que su cuerpo se contraiga con el tormento. Sólo así se consigue domar a un potro salvaje. ¡Y aunque para ello tuviera que hacerle verter toda su sangre, no dudaría!

—¡Por Dios! — le suplicó David, lleno de pánico. — ¡No lo haga conmigo, míster Murdstone! no me pague. Yo me sabía la lección, y la hubiese leído a mamá si hubiera estado sola. ¡Pero me es imposible hacerlo cuando usted o mistress Murdstone me miran fijamente!

—¿De veras?

—Sí. No puedo.

—Pues ya arreglo esto.

Y haciéndole doblarse por la cintura, comenzó a apalearle bárbaramente las nalgas con el bastoncillo hasta dejar al pobre niño sin poder moverse.

Tirado en el suelo, casi exámine, lo dejó su verdugo, cerrando la puerta del desván con llave al marcharse.

Y encerrado en aquella cárcel lo tuvo muchos días, y unos días más lo hubiera tenido a no ocurrir un triste acontecimiento que había de repercutir dolorosamente en la pobre existencia de David.

Una noche, Peggotty—que iba a menudo a hablarle, cuando los demás se habían acostado, a través de la puerta—le comunicó que de un momento a otro le iban a traer un hermanito.

Cuando Peggotty se marchó, David quedó pensando en lo que le había dicho. Iba a tener un hermanito.

La noche era tormentosa. Llovía a mares.

David creyó oír el ruido de un carruaje y se asomó a la pequeña ventana que tenía el desván, viendo que su padrastro salía con un paraguas al encuentro de un caballero vestido de negro, que llevaba un

maletín en la diestra. Davy lo reconoció como el doctor, y presagian-do que algo grave le ocurría a su mamá empezó a golpear la puerta, lleno de desesperación.

Un terror súbito le había acom-e-tido, el cual fué en aumento con los truenos y relámpagos con que se llenaba la noche.

Horas enteras pasó llorando y dando golpes a la puerta.

Y cuando ya empezaba a clara-re el día y desesperaba de poder lograr su objeto, la puerta, a fuerza de tanto golpearla, cedió de pron-to suavemente.

Salió del desván. Un impresio-nante silencio reinaba en toda la casa. Tuvo miedo y empezó a lla-

mar a Peggotty a grandes gritos, mientras iba bajando intuitivamen-te la escalera.

Al llegar al vestíbulo vió algo que le sobrecogió de espanto. Mís-ter Murdstone atravesaba la estan-cia tambaleándose sostenido por su hermana y cubriendose el rostro con la mano.

Creyó comprender. Y el terror le hizo llamar nuevamente a Peg-gotty.

Esta acudió presurosa, con seña-les evidentes de haber llorado mu-chó.

Y por ella supo que su mamá, tan buena, tan cariñosa, había volado al cielo con el hermanito que le acababan de traer.

VII

La primera medida que los her-manos Murdstone tomaron a la muerte de Clara, fué despedir a Peggotty.

Esta decidió acogerse al amparo de su hermano Daniel, en Yar-mouth. Y un día partió hacia allá en el coche de Barkis.

Al despedirse del niño al pie del carroje, David, con graciosa imprudencia, le dijo, delante del co-chero:

—Oye, Peggotty. Todavía no le has dado a míster Barkis la res-puesta que él esperaba que le die-ras.

—¡Oh! ¿Pero qué dices, mucha-chó? ¿A qué he de responder? — preguntó Peggotty, ruborizándose.

—“Barkis está libre” —dijo el propio Barkis parsimoniosamente.

Peggotty le miró con cierta co-quetería y se echó a reír.

—¿Qué dices tú, querido — le preguntó a David—, si yo me lle-gase a casar con míster Barkis?

—Sería magnífico. Así tendrías a tu disposición el coche y el cabal-lo para venir a verme —respondió el niño, palmoteando.

Y, como David deseaba, se casa-rón, algún tiempo después.

No tardó David Copperfield en ser arrojado de su propio hogar, en el cual era un estorbo para su padastro y la hiena que éste tenía por hermana.

So pretexto de que era un re-belde del que no se podía sacar provecho, lo envió Murdstone a Londres, colocado en casa de un pariente suyo que tenía una destile-ria de licores y almacén de vinos.

También le proporcionó hos-pe-daje en casa de un tal míster Mi-cawber.

La aparición de David Copper-field en casa de Micawber no pudo ser más oportuna. Llegó precisa-

mente en el día y momento en que le embargaban al susodicho señor su mobiliario.

La señora Micawber recibió a su huésped con muchos aspavientos y zalemas. Era una dama que se las daba de muy distinguida, no ob-s-tante ir cubierta de harapos y bas-tante sucia. Tenía un enjambre de chiquillos y una criada boba, que atendía por Clickett, tan andrajosa y sucia como su señora.

Míster Micawber no estaba en casa cuando David llegó. No ob-s-tante, no se hizo esperar, pues a poco de hallarse allí David, se oyó un ruido por el tragaluz de la bu-hardilla en la que la familia Mi-cawber tenía su hogar, y unas pier-nas aparecieron en él.

—Hijitos, aquí está vuestro pa-pá.

Y en el tragaluz apareció el tipo más estrañalario que soñarse pue-de: un hombre más que cincuentón, grueso, que llevaba una casaquilla corta, de color claro, muy ceñida al cuerpo, unos pantalones negros tan ajustados, que marcaban todo el contorno de las piernas como si fueran unas medias, y unos botines que en su día fueron blancos. El cuello, tieso, almidonado, lo lleva-

ba tan alto, que media cabeza desaparecía dentro de él y sus puntas parecían nacerle a su dueño de las mejillas. Pero lo más característico en él era el sombrero, un sombrero de altísima copa que contrastaba notablemente con la exigüidad del ala, ridículamente recortada. Mitones en las manos y en la diestra un bastón.

Aunque muy estrañalario, Micawber era un "dandy" a su modo.

Con el énfasis del orador que pronuncia un discurso desde una tribuna, así habló Micawber desde lo alto de la escalerilla que conducía al tragaluces:

—Aunque acosado sin piedad incluso por las regiones astrales y etéreas, he conseguido rehuir el ominoso contacto de nuestros acreedores y burlar su tenaz acoso. En síntesis: heme aquí ya.

Descendió, no sin riesgo de rodar como un fardo, por la endeble escalerilla, y abrazó a su esposa e hijos, mientras decía, con su verba ampulosa y exagerada:

—Mi adorada Emma, el encanto de mi efímera existencia. ¡Hijos míos! ¡Pedazos de mi víscera cardíaca!

Mistress Micawber le presentó a su pupilo.

—Todo cuanto hay en nuestra casa está a su disposición, Copperfield — le dijo Micawber, una vez efectuada la presentación—. Todo: las comodidades domésticas, la quietud, el sagrado del hogar. Todo es suyo.

—Gracias, señor — dijo David.

—Cuente con nosotros ahora y por toda la vida.

—Lo tendré presente, mister Micawber.

—Ahora que se halla a punto de compartir con nosotros los privilegios de nuestro hogar, no puedo tratarle como un simple desconocido. Y de hombre a hombre, tengo que confiarle a usted que durante luengos años he sido asediado con notoria injusticia y cruel rencores por los nefastos acreedores, ¡esos entes sin conciencia!

—¡Cuánto lo siento, señor!

—También he de decirle, que he intentado, sin éxito, el negocio de carbones, he especulado en quinquería y hasta he servido en la Armada. Y a la postre extraje la consecuencia de que nada de esto se adaptaba a las condiciones, un po-

co especiales, de mi talento. Pero ahora...

Micawber hizo una pausa muy teatral.

—¿Qué, mister Micawber? — inquirió David.

Y Micawber, con tono solemne, declaró:

—Ahora me hallo a la expectativa de grandes acontecimientos que han de redundar en mi beneficio.

David no entendió lo que quería decir. Pero esto no importaba, porque seguramente a Micawber le ocurría lo mismo que a él. No obstante, éste era su estribillo sempiterno.

VIII

La vida de David Copperfield en casa de Micawber comparada con la que su padrastro le había dado, era de verdadera felicidad.

El hogar de los Micawber era de lo más pobre y miserable que imaginarse puede. Los acreedores no habían respetado ni un solo mueble medio decente. Las desnudas paredes, llenas de grietas y desconchados, sólo cobijaban cuatro cachivaches inservibles a los que, no obstante, la necesidad hizo que aquellas gentes supieran encontrarles múltiples y utilísimas aplicaciones.

Pero la falta de comodidades no era óbice para que David se hallase feliz, pues las suplían la bondad

y el alegre optimismo de Micawber, que no le daba ocasión de desesperar jamás.

Más dura y desgradable era la existencia en el almacén de vinos de Murdstone y Grinby, en el cual encargaban a David trabajos pesadísimos superiores a sus fuerzas, tan limitadas.

Muchos días, Micawber iba a esperar a David al almacén, donde era muy conocido, y a veces llegaba incluso a buscarlo por las dependencias de la casa. Un mediodía llegó a tiempo de ver cómo un mocetón maltrataba a David por un descuido de éste en su trabajo y le metía la cabeza en un barreño lle-

no de vino. Otros mastuerzos reían la gracia a carcajadas...

La indignación de Micawber no reconoció límites.

Avanzó, esgrimiendo su bastón, y de un fuerte empellón apartó al bigardo que se ensañaba con el pobre David.

—¡Caballeros! — exclamó sin perder aquel empaque de dignidad que era en él característico—. ¡Caballeros! El concepto que me merecéis en conjunto es el de ser una cuadrilla altamente odiosa, y, en detalle, que cada uno de los que aquí están, es un cobarde, acreedor a que se le administre un castigo ejemplar. Haréisme, pues, la merced de apartar al punto vuestras repugnantes personas de mis inmediatos alrededores. O lo que es lo mismo: ¡largo en seguida de aquí!

Y como quiera que el ritmo de sus palabras lo acompañaba con el fiero blandir de bastón, todos tuvieron a bien retroceder, mientras el héroe y su protegido salían triunfalmente de aquella covacha lúgubre que era el almacén de vinos.

Ya en la calle, David le dió las gracias a su protector.

—Esto no es nada—replicó Micawber modestamente. Luego, con-

templando el cielo, que lucía espléndido, expresóse así—: Y ahora, ya que hoy es un día excelente y en vista de que en este momento me hallo a la expectativa de grandes acontecimientos que han de redundar en mi beneficio, nos iremos a casa a ver qué clase de triunfos culinarios nos tiene preparados con su arte mistress Micawber, para abrir nuestro apetito.

—Oh, qué gusto!—exclamó David, dejándose ganar por la fantasía de su protector.

—Sí, amiguito—prosiguió éste; —es imprescindible atender al estómago, ¡imprescindible! Porque, como tuve en mi vida hartas ocasiones de poderlo observar, cuando el estómago se encuentra vacío, el espíritu se encoge. Te profetizo, mi querido Copperfield, que con absoluta seguridad podemos confiar en que mistress Micawber nos tendrá preparada una riquísima sopa de gallina, habrá luego ternera rebozada y una gran jarra de ponche caliente.

—¿Y el pudding?

—¿El pudding? ¡Un pudding de riñones, eso es!

Y ambos guardaron un emocionado silencio, saboreando con anti-

cipación todo aquel programa gastronómico que sólo existía en la imaginación, demasiado fértil, de Micawber.

Prometiéndose regalarse como príncipes, llegaron a su casa, en cuya puerta se dieron de manos a boca con la triste realidad, encarnada en la persona de un hombre flacucho y de cara de pocos amigos, quien le hizo a Micawber un ademán para que se detuviera, a tiempo que le preguntaba:

—¿Wilkins Micawber?

Instintivamente comprendió Micawber de lo que se trataba, e intentó zafarse, negando:

—Usted no tendrá a mal, caballero, que le diga que sufre un lamentable error.

Pero otro individuo, con no mejor traza que el anterior, avanzó a primer término, gritando:

—Ah! No venga con mentiras. Usted es Micawber, no hay duda. Me debe desde hace un año dos libras y diez chelines. ¡Agente, cumplía con su deber!

—Wilkins Micawber, queda usted detenido—dijo el que había hablado primero, poniéndole la diestra en el hombro.

—Bajo qué pretexto se atreve

usted a asumir la responsabilidad de tan arbitrario proceder?—inquirió Micawber, con altanero talante.

—En virtud de una orden del Juzgado, por deudas. Yo soy el oficial auxiliar del sheriff del Condado de Middlesex. Sígame sin resistirse.

Micawber tuvo que rendirse ante la evidencia de aquella orden de detención que le mostraba el funcionario policiaco. Abatió la cabeza y dirigiéndose a David, que presenciaba absorto y angustiado aquella escena, le dijo solemnemente:

—Copperfield. En este instante tienes ante ti los dispersos fragmentos de un templo que en tiempos pretéritos fué un hombre. ¡La flor se ha marchitado! ¡La hoja ha caído! ¡El dios Apolo sucumbe al fin en esta escena triste y desdichada. En resumen: ¡que estoy para siempre vencido!

Todos los días iba David a la cárcel a ver a su amigo y protector.

Se había hecho amigo del portero de la prisión, el cual ya conocía su llegada en el modo de tirar de la campanilla que tenía el muchacho.

Una tarde, el mencionado por-

tero, al abrirlle, le dijo, resfumando:

—Siempre estás tocando la campanilla. Pero me parece que ésta será la última vez. Tu amigo Micawber saldrá hoy de la prisión y se irá de la ciudad.

—¿Se irá de la ciudad? —inquirió David, alarmado.

El propio Micawber se encargó, cinco minutos después, de corroborar lo dicho por el cancerbero.

Como viéralo triste y pensativo, Micawber le preguntó:

—¿Qué sucede? Abreme tu corazón, dilecto amigo.

—No es nada. Que desde ahora le voy a echar mucho de menos —respondió débilmente David—. ¡En el almacén de "Murdstone y Grinby" me encuentro siempre tan triste, tan solo, tan desalentado! Se lo aseguro a usted. ¡Y usted y mistress Micawber han sido tan buenos conmigo! Con tener unos amigos como ustedes, bastaría para no sentirme desamparado.

Micawber lo estrechó en un abrazo contra su pecho.

—Mi pequeño amigo. Te queremos como a uno de los nuestros.

—Lo sé, míster Micawber; y por eso, ahora que se van ustedes, no

tendré a nadie que me quiera. No sé qué suerte me aguardará en el futuro. ¡Me asusta pensarlo!

—Mi norma ha sido siempre este lema, David: "*Nil desperandum*", o sea: Jamás desesperes.

Hubo un largo silencio. Sus mentes hallábanse llenas de tristes pensamientos.

—Yo tengo una tía que reside en Dover —dijo, al cabo, David—, y pienso que es posible que...

Micawber no le dejó acabar la frase. Dándole una palmada en la rodilla, le dijo, con evidente alegría:

—Esa es la solución, mi querido Copperfield. Tu tía te recibirá con los brazos abiertos de par en par.

—Pero... ¿y si no quisieran verme?

—¡Imposible! La voz de la sangre lo vence todo.

—Es que Peggotty me aseguró que es una señora muy regañona. ¿Y si me da con la puerta en las narices? Además, Dover está muy lejos.

—Ciento, eso es cierto. No obstante, glosaré lo que el bardo dijo un día: "Aquel que nada intenta, nada consigue". En el caso de que tu irascible tía no quisiera admitir-

te, esribeme una carta. ¡Somos amigos para toda la vida, joven Copperfield!

La despedida, aquella misma tarde, fué muy dolorosa para David.

Mistress Micawber, con sus chiquillos y la criada Clickett, se había encaramado ya a la imperial de la diligencia con gran alboroto y desde allí se despedían todos de David a gritos.

Al pie del carruaje, Micawber, verdaderamente emocionado, se despedía de David dándole consejos fundados en su propia experiencia.

—Copperfield —le decía—: en este instante nada puedo legarte que no sea mi leal consejo. No obstante, ese consejo es una joya de tan inapreciable valor, que de haberlo seguido yo mismo, no sería ahora la miserable criatura que contemplan tus ojos. Escucha con atención. Si los ingresos anuales son veinte libras y los gastos sólo diecinueve, resultado: felicidad. Si por el contrario, los ingresos son veinte libras y los gastos ascienden a veintiún, resultado: miseria. Adiós, Copperfield. Tendré un inenarrable placer en mejorar tu posición cuando ocurran los grandes sucesos que

han de redundar en mi beneficio y de los cuales me hallo a la expectativa.

Con lágrimas en los ojos y la desolación en el alma, vió David alejarse la diligencia. Después emprendió el camino hacia la parada de la diligencia de Dover. Pero como dicha parada se hallaba al otro extremo de la ciudad y él no podía con el pequeño baúl en que tenía todo su equipaje, le preguntó a un bigardo que pasaba con un carrito si quería transportárselo a la parada. El tal sujeto le preguntó, desconfiado, si tenía dinero para pagarle el viaje, y David, con toda candidez le mostró en la palma de la mano todo su capital, que aunque poco, era suficiente para costearse el viaje hasta Dover.

Ver aquel bergante el dinero, arrebatárselo a David, cargar el cofreccillo en el carricoche y salir disparado, dejando burlado al infeliz muchacho, todo fué uno.

David quedó anonadado; tanto, que a poco estuvo que lo atropellara una diligencia que por allí pasaba a toda velocidad.

Este incidente le volvió a la realidad.

Y al ver la diligencia, que se ale-

jaba hacia las afueras de la ciudad, concibió una rápida determinación. ¡Iría a Dover! Iría, de todos modos.

A pie, ya que no le quedaba ni un penique para hacer la más mínima jornada en coche.

IX

Y mendigando en las alquerías que hallaba a su paso, empeñándose la ropa que llevaba puesta, excepto los pantalones y la camisa, sufriendo hambre y frío, soportando vendavales y tormentas y, en fin, toda clase de penalidades, llegó al fin a Dover, donde consibuió que le orientasen hacia la casa de su tía.

Vivía ésta a la orilla del mar, en lo alto de uno de esos acantilados que son la característica de las costas inglesas del lado del canal.

Cuando llegó ante la casa de tía Betsey—una villa alegre y simpática—pudo presenciar una escena, grotesca en alto grado, pero que le reveló el carácter de su tía.

Esta y su criada, salían furiosas de la casa, provistas de sendas varas de fresno, y la emprendieron a palos con unos sujetos que pasaban montados en asnos por delante

de la finca y los cuales quedaron bastante malparados.

Nadie sabía por qué—ni es probable que ella misma pudiera dar una explicación satisfactoria—, pero es el caso que no podía ver un borrico cruzar por delante de su casa. Era un odio mortal el que le profesaba a estos pacíficos y sufri-dos animales.

Temeroso, David se fué aproximando a ella cuando se retiraba victoriosa y refunfuñando al interior de la vivienda.

—Perdone usted, señora...—balbuceó.

La tía Betsey volvióse rápida, con cara avinagrada, y al ver a aquél muchacho desastrado, le gritó de mal talante:

—¿Qué buscas? ¡Vete de aquí! Los muchachos no hacen falta en mi casa.



—¡Fíjate, mamá, en ese hombre! ¡Es igual que la pantera negra que hay en mi libro de animales!



—Es delicioso el afecto que le tiene. Teme que la roben a usted.



La señora Copperfield despidióse emocionada de su hijo.



—¡Ah, esta maldita chimenea!



—Para conseguir domar a un potro, ¿qué crees tú que se debe hacer?



Un terror súbito le acometió...



La señora Micawber le recibió con muchos aspavientos.



Miró tía Betsey a Jane Murdstone de arriba abajo...



—Mi pequeño amigo
Tú sabes que te queremos como a un hijo.



—Es que... ¡papá y yo nos quedaremos tan solos cuando te hayas marchado, David!



—¿Qué dirán ustedes de un hombre más alto que un trinquete, que se deja robar el corazón por una niña como Em'ly?



Y David Copperfield se casó con Dora Spenlow...



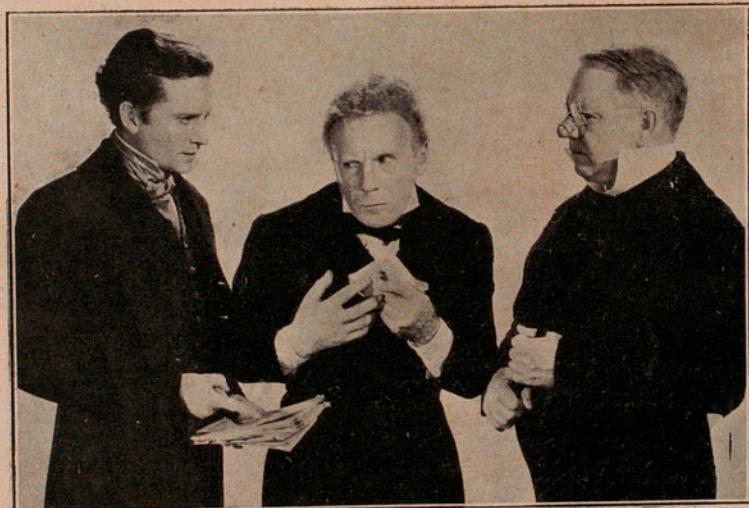
... recriminó duramente a su esposa delante de sus invitados.



Allí se hallaba, sin vida...



—Si usted se decidiese a aconsejar a miss Agnes fuera más afectuosa conmigo...



—Tendrá tiempo de pensarlo en la cárcel.

—Dispense usted, tía, es que yo...

—¿Qué?—inquirió la agria dama, dando un respiño, al oírse nombrar tía.

David se dió a conocer, llorando.

Los aspavientos que la señora hizo no son para descritos.

Metió a David en la casa, sin dejar de lanzar exclamaciones, al oír las cuales, compareció un sujeto de traza estrañafalaria. Era un hombre de unos cincuenta años, con el cabello —en revuelta pelambrera— absolutamente blanco, pero con el rostro terso y de cándida expresión de un niño; era bajito y grueso, llevaba una levita blanca, un cuello de enormes puntas, y una pluma de ganso, de las que se usan para escribir, en la oreja.

—¡Que el cielo me valga!—exclamaba la tía Betsey, quien al reparar en el extraño personaje, le dijo—: Míster Dick, haga el favor de dejar de ser tonto por una vez y aconséjeme. No hay nadie más discreto que usted cuando se le antoja serlo. ¿No me ha oído hablar nunca de David Copperfield?

El llamado míster Dick se rascó

la cabeza para recordar y al fin declaró que sí.

La tía le contó lo que había hecho el muchacho, y le pidió de nuevo que le aconsejara lo que procedía hacer con él.

Y míster Dick aconsejó que se le diera un baño, como primera providencia, lo cual así se hizo.

Bañado David lo vistieron con ropas de su tía. Mientras tía Betsey le vestía, le preguntó a ésta si míster Dick no se hallaba bien de la cabeza, pues las cosas que había visto hacer no le acreditaban de cuerdo.

—Todo el mundo le llama loco —le explicó su tía— y por esta razón únicamente, gozo del privilegio de su compañía. Sólo yo llego a alcanzar el inapreciable valor que tienen sus consejos para mí. Míster Dick es pariente mío, muy lejano. Si no hubiese sido por mí, su propio hermano le habría recluido en un manicomio para toda la vida. Ahora escribe una petición al lord canciller para que se le reintegren sus derechos civiles. Es el ser más bueno e inofensivo que existe en la tierra.

La declaración de tía Betsey le revelaba a David el fondo de oro

de su corazón oculto bajo una aspereza de erizo. Y concibió la esperanza de poder acogerse a su bondad quedándose allí, y así se lo manifestó a su tía, la cual puso el grito en el cielo al oír tal cosa. Ella no

osaría quedarse con el muchacho sin antes consultar a su padrastro.

David protestó y tía Betsey lo mandó a la cama, en la cual cayó como un plomo y se quedó dormido en seguida.

X

David se encontraba como en el paraíso en aquella casa en la que era bien considerado y donde había hallado un amigo extraordinario: míster Dick.

Con él jugaba y platicaba como con un camarada de su misma edad.

Era digno de ver el cuadro que componían ambos. David con su traje mujeril y míster Dick con su levita clara, saltando y corriendo los dos por el jardín de la casa.

—¡Ja! Querubín —le dijo una mañana míster Dick al verlo entrar en su despacho—. ¿Cómo marcha el mundo? ¿Hum?

Y con gran sigilo le manifestó al muchacho:

—Te voy a decir una cosa; una cosa que tengo gran interés en que

nadie sepa. Y es que este mundo está loco; más desquiciado que antes. ¡Ja, ja!

David no entendió lo que le había dicho y a su vez le habló así:

—Tía Betsey le envía sus respetos y desea saber qué tal sigue su petición.

—A mí me parece que marcha bastante bien — contestó míster Dick, quien varió repentinamente de conversación diciendo: — Tú recuerdas exactamente la fecha en que el rey Carlos I de Inglaterra fué decapitado?

—Si no me equivoco, fué el año mil seiscientos cuarenta y nueve — repuso David.

—Sí, los libros así lo dicen. Pero yo no creo que la Historia diga

DAVID COPPERFIELD

verdad. Porque si una cosa así hace tanto tiempo que ocurrió, ¿cómo lograron las preocupaciones del rey salirse de su cabeza después de cortada por el verdugo y entrar en la mía?

—Le aseguro que lo ignoro.

—Es muy extraño, pero en todas las cosas que yo escribo, siempre tiene que meterse la cabeza del rey Carlos I. Pero no importa, ¡ja, ja! Dime, ¿qué te parece esta cometa?

Y le mostró una gran cometa de la altura de un hombre, que él había construido.

David palmoteó de alegría, y ambos se fueron a la explanada que había ante la casa, a remontarla.

Hallábanse enfrascados en esta diversión, cantando y brincando, cuando tía Betsey llamó a David con voz destemplada.

Cuando el niño acudió a su lado le enteró de que aquel día llegaba su padrastro.

En efecto, horas después un caballero y una dama, vestidos de negro, llegaban frente a la casa cabalgando en unos borricos.

Distinguir tía Betsey los jumentos desde su ventana y empezar a gritarle a su criada: —¡Janet Janet! ¡Asnos!, fué todo uno.

Como dos basiliscos salieron amarrada, blandiendo sendos garrotes.

—¡Pero, tía! ¡Qué son míster Murdstone y su hermana! —le gritó David.

—No me importa quiénes sean. Lo que me importa es que no allanen mi propiedad —refunfuñó la tía Betsey, mientras se dirigía hacia los intrusos.

Dos segundos después la empredían a palos con los pillastres que llevaban a los borricos del ronzal y obligaron a desmontar al caballero y la dama.

Y como quiera que ésta la mirase con impertinente altanería, le dijo, agresiva:

—Nunca vi cara tan agria como la de usted.

Luego volvióle la espalda y se entró, gruñendo, en la casa.

Instantes después, Janet le anunciaba la visita de míster Murdstone y su hermana.

—¿Quiere que me vaya? —inquirió David discretamente.

—Nada de eso. Al contrario — repuso su tía.

Graves, estirados, penetraron en la estancia los dos hermanos.

—No consiento que se cabalgue

por ese campo, y no hago excepciones con nadie—les espetó, de buenas a primeras.

—Los forasteros no tenemos por qué saberlo—replicó Jane Murdstone con reticencia.

Penetró mister Dick en la habitación y tía Betsey lo presentó como su consejero a los visitantes.

—¿Y bien, señor?—le preguntó a Murdstone tía Betsey.

Mister Murdstone fué a hablar, pero su hermana, que no quitaba ojo de David, empezó a echar pestes contra éste, interrumpiéndole.

—Querida hermana—le advirtió Murdstone, tragando bilis—, ¿tendrás la bondad de no interrumpirme cuando hable?—Y dirigiéndose nuevamente a tía Betsey—: Miss Trotwood, yo he venido con la intención de llevarme al muchacho y haré con él lo que mejor me parezca, pero le advierto a usted que en el caso de oponerse a que me lo lleve ahora no querré saber de él en toda mi vida. No se puede jugar conmigo. Así es que por primera y única vez le pregunto: ¿Está usted dispuesta a entregarme el niño?

Miró de hito en hito tía Betsey a Jane Murdstone y le preguntó:

—¿Y usted, señora, tiene algo

que añadir a lo dicho por su hermano?

—Nada he de añadir, pero sí quiero darle las gracias por su acogida tan amable. Claro que no podía esperarse otra cosa de usted.

—¿Y tú, David, qué dices a todo esto? ¿Estás dispuesto a irte con ellos?

David se cogió a sus faldas y lloriqueó:

—Por Dios, no deje que se me lleven, tía. Fueron la causa de que mi pobre madre fuera tan desdichada. Nunca me quisieron y siempre me trataron con desprecio. ¡Por Dios, deje que me quede con usted, tía!

—¿Y usted, mister Dick? ¿Qué opina que debe hacerse con esta criatura?

Mister Dick se rascó la cabeza y declaró:

—Yo creo que lo que se debe hacer es que el sastre le tome medida para un traje, en seguida.

Tía Betsey le tendió la mano.

—Mister Dick. Estreche usted mi mano. El sentido común que usted derrocha no tiene precio. Desde hoy, yo cuido del muchacho. Y si es tan malo como ustedes aseguran, yo sabré enderezarlo mucho mejor

de lo que ustedes lo harían. Pero conste que no creo nada de cuanto han dicho de él.

—¡Miss Trotwood!—gritó Murdstone, colérico—; si fuera usted un caballero, le diría!...

—¡Bah! Cállese. Ya estoy harta de oírle decir sandeces.

—¡Ah! ¡Qué exquisita cortesía la de usted!—comentó Jane irónica.

Tía Betsey se desató:

—Cree usted que ignoro, mister Murdstone, la clase de vida que le dió a la madre de este muchacho, a aquella desventurada con la que usted se casó? Funesto fué para aquella niña delicada y débil de carácter el día en que usted se cruzó en su camino, disfrazando entre sonrisas y miradas cariñosas su alma fría y perversa. Suave como un guante se mostró usted entonces. La pobre no había visto nunca un hombre tan fino y gentil como usted, que era la amabilidad personificada, un ser que fingía adorarla y sentir por su hijo la ternura de un padre. ¡Nada menos que un segundo padre iba a ser para él, y los tres juntos vivirían felices en una especie de paraíso sembrado de rosas! Y cuando sus astutos planes se realizaron por fin, la torturó hasta adaptarla a su

antojo a sus ideas, del mismo modo que si torturara hasta el martirio a un pajarillo enjaulado hasta lograr que cantara sus propias notas...

—Sólo la embriaguez o la locura pueden hacerla hablar así!—exclamó Jane furiosa.

Mas tía Betsey no la hizo caso y prosiguió:

—¡Fué usted un inicuo tirano! Al atormentar a su hijo, la atormentaba también a ella. Así se explica que la sola presencia del niño le resulte a usted odiosa. La destrozó usted el corazón, hiriéndola de tal gravedad, que esa fué la causa de su muerte. Cuanto he dicho es la verdad escueta.

—¡Esta mujer está loca! — comentó Jane.

Levantóse tía Betsey, e indicándole la puerta les dijo:

—Buenos días, señor; hasta la vista. Igual le digo, señora. Y como llegue a verla a usted otra vez meterse en los terrenos de mi propiedad montada en un asno, tan cierto como que lleva usted la cabeza sobre los hombros que la arranco el sombrero y se lo pisoteo. Y ahora, ¡largo de aquí en seguida! ¡Largo de aquí!

XI

Algún tiempo después, David Copperfield fué enviado por su tía a Canterbury, para que se educase en la escuela del doctor Strong, yendo a hospedarse en casa de un notario llamado Wickfield, quien era amigo y apoderado de tía Betsey.

Míster Wickfield tenía una hija, una bellísima niña rubia, de edad aproximada a la de David, llamada Agnes, con la que éste hizo en seguida muy buena amistad. David le contaba todos los menudos incidentes que le ocurrían en el colegio entusiasmándose al ponderar los hechos de su amigo Steerforth, su ídolo, el compañero al que por sus audacias le habían nombrado entre todos los chicos de la escuela "capitán de su pandilla".

Había en casa del notario un extraño personaje, que desde un principio le fué poco simpático al niño.

Se llamaba este sujeto Uriah Heep, y era pasante de Wickfield.

Una noche que David fué a lle-

var al despacho del notario, por encargo de éste, unos legajos, se encontró en él, a pesar de lo avanzado de la hora, al citado pasante, repasando unos libretos a la luz de un quinqué.

—¿Todavía está usted trabajando, míster Heep?

Removió éste su cuerpo mezquino y exclamó sonriente:

—¡Ah! El joven Copperfield.

Y con acento de humildad, le dijo:

—Me atrevo a suplicarle que me llame usted Uriah.

—Como usted quiera.

—Sí. No estaba trabajando, sino ampliando mis conocimientos en leyes.

—Usted debe ser un gran abogado — expresó David, creyendo cándidamente lo que decía.

—¿Yo? ¡Oh, no, míster Copperfield! Yo soy un hombre muy humilde —manifestó Heep, con tono quejumbroso—; yo mismo lo reconozco. Mi madre también lo es, co-

mo lo es el hogar donde vivimos ambos. Y mi padre tenía igualmente una profesión humildísima. Era sepulturero.

—¿Y qué es ahora?

—Al presente se halla gozando de la gloria eterna, míster Copperfield. Usted no sabe cuán agradecido estoy por tener esta plaza en casa de míster Wickfield. ¡Oh! No existe caballero tan honorable como él. Ninguno.

—Tal vez algún día llegue usted a estar asociado con míster Wickfield en sus negocios.

—¿Quién, yo? ¡Oh, no piense usted tal cosa! Soy demasiado humilde para llegar a tanto. ¡Je! Yo diría mejor que es usted quien un día participará en el negocio.

—A mí ni siquiera se me ha ocurrido pensar lo.

—¡Oh, sí!; yo creo que sucedrá tal como lo digo, desde luego que sí. ¡Ya lo creo! ¿Y verdad que miss Agnes se pondría muy contenta con ello? ¡Je, je! Mi madre debe estar ya impaciente con mi tardanza. ¿Le parece a usted conveniente que antes de irme apague la luz?

—Sí, Uriah.

—Gracias. Buenas noches, míster Copperfield.

Encorvándose, restregándose las manos, con su eterno aire de humildad hipócrita, Uriah Heep se fué del despacho.

Tan felices fueron los años aquellos, que pasaron velocísimos para David, y éste se encontró de pronto hecho ya un hombre, con sus estudios acabados y con una serie de proyectos literarios bulléndole en el cerebro.

Como el tiempo pasa por igual para todos, Agnes, la niña rubia, hija de Wickfield, habíase convertido en una espléndida mujercita, de seductora belleza.

A ambos los hallamos en el cuarto de David, acondicionando Agnes en una maleta ropa del muchacho. Entre las cosas a incluir en el equipaje, hallábase un librito que David cogió y empezó a hojearlo.

—¡Versos en latín! —exclamó, sonriente—. Si no hubiera sido por ti, Agnes, no los hubiese aprendido nunca.

En la contraportada del libro había un dibujo que representaba la cabeza de un joven.

—¡Steerforth! —dijo, contem-

plando el ingenuo retrato—. ¡Qué apuesto era! ¡Qué inteligencia tan sorprendente la suya! ¡Y siempre tan generoso!...

Del libro extrajo una flor maravilla.

—Agnes, ¿te acuerdas de esto? ¡Cuánto nos divertíamos en aquellos paseos de los domingos! ¿Recuerdas? En una ocasión yo recorté un corazón de madera para ti con mi primer cortaplumas. ¡Ja! ¡Pero lo perderías hace ya años!

Agnes sonrió. El rubor arrebolaba sus mejillas.

—Lo que debemos hacer—dijo, para disimular su turbación—, es acabar de arreglar esto si no queremos llegar tarde a la fiesta escolar. Trae ese libro.

—¡Ah!, no puedes imaginarte lo nervioso que estoy, Agnes. Figúrate. Unos cuantos días de vacaciones, durante los cuales haré una visita a mi querida Peggotty, en Yarmouth, y luego a Londres, a dedicarme en serio a mis libros. Pero... ¿estás llorando, criatura?

Secóse las lágrimas Agnes.

—Es que... papá y yo nos quedaremos tan solos cuando tú te hayas marchado...

—¡Oh! ¿Pero acaso me marcho

al otro extremo del mundo? Te escribiré y vendré a verte con frecuencia. Yo siempre te seguiré teniendo por confidente, ocurra lo que ocurra. En cuanto me encuentre en la menor duda te consultaré.

—Y si te enamoras, ¿lo harás también?

—También. Lo que verdaderamente me extraña, Agnes, es que a estas alturas no te hayas enamorado aún. Bien es verdad que no conozco a nadie que sea digno de tu cariño. Y escucha bien lo que voy a decirte. Tendría que tratarse de un hombre mejor que todos los hombres, para que obtuviese mi autorización.

—¡David!

—¡Ja, ja! Y aun así dudaría de darla.

Ingenuo David. ¡Qué lejos estaba de suponer que Agnes, en contra de lo que él creía, sí que estaba enamorada, y que era él, precisamente, el objeto de su amor!

—¡Qué orgullo el nuestro cuando acabes tu primer libro, David!

—Y cuánto te deberé a ti, si es que algún día lo termino y tiene éxito! La fe que tengo en mi obra literaria, tú me la infundiste. ¡Ah!

Te echaré de menos como a mi mano derecha. Y es que sin ti, ésta no vale mucho, porque faltando tú, le faltará inteligencia y corazón. No puedes imaginarte cuánto te echaré de menos.

XII

Al entrar en la biblioteca, sorprendió a Uriah Heep que se guardaba apresuradamente unos papeles. Pero no dió importancia alguna a este hecho.

—¡Ah, señorito David!, digo, míster Copperfield. Estaba tan ocupado, que no le había visto —músitó el pasante, con su eterno aire de humildad sacristanesca.

—Efectivamente. En estos días parece estar muy ocupado.

—Siento un gran orgullo en poder ser útil a míster Wickfield. Nunca vi tan perfecto caballero. Pero cada día se vuelve más imprudente. —Y Uriah, con un ademán soez, indicaba que la imprudencia de míster Wickfield era beber demasiado—. Si en estos últimos años hubiese ocupado otro el puesto de confianza que yo disfruto a su lado, a buen seguro que ése le tendría ahora entre sus garras, ¡entre sus garras! Pero... afortunadamen-

te para él, yo soy el insignificante instrumento que con toda humildad le sirve. Perdóname.

Iba a salir de la estancia, cuando se oyó una voz fuerte que decía ampulosamente:

—Presumo que este imponente edificio alberga la rutilante estrella que más brilla en el firmamento de mis máspreciadas amistades. Aludo, claro está, a míster David Copperfield.

—¡Micawber! — gritó David al verlo irrumpir en la habitación, con su eterno indumento.

—¡Copperfield!

Se abrazaron emocionadamente.

—¡Míster Micawber! ¡Qué alegría verle a usted en Canterbury!

—Gracias. Este fin sensacional de nuestra tan larga peregrinación a lo largo de atajos y de caminos reales, constituye un feliz augurio de que va a producirse un hecho

extraordinario que ha de redundar en mi beneficio.

Uriah Heep procuró hacerse notar de los dos amigos, y David los presentó, después de lo cual retiróse el pasante.

Inquirió noticias David de mistress Micawber, y su esposo le informó así:

—Mi señora, y siento inenarrable placer en decirlo, hálase en *statu quo*. En resumen, que si no fuera por desdichadas y fortuitas circunstancias que se hallan en estrecha relación y maridaje con la cuestión económica...

Aquí se detuvo. David le instó a que continuase.

—No, no—protestó Micawber. —Si lo dijera, jamás podría alzar con orgullo la cabeza delante de los demás hombres. Sin embargo, pude confiarle que nos hallamos a la sazón eventualmente prisioneros, por decirlo así, en la “Hostería del Sol”. La mina en litigio es de una trivialidad irrisoria.

Una cantidad en metálico había en la diestra de Copperfield.

—Permítame que le ofrezca...

—¡Jamás! ¡Jamás! — protestó Micawber, a quien se le iban los ojos tras el dinero.

—¡Oh, por Dios! Insisto en ello.

Ya la mano de Micawber se había apoderado con avidez del dinero, antes de decir:

—Esto es obligarme. Tu innata generosidad me abruma.

Aquella tarde salía para Londres David Copperfield.

En el momento de la despedida, Micawber le informó que Heep le había ofrecido un puesto a su lado en calidad de secretario.

—Tal vez esto sea para mí los cimientos de una nueva orientación —decía—. Tengo grandes conocimientos legales, desde el punto de vista del acusado, por supuesto.

La despedida fué más emocionante, tal vez, para los que se quedaban, que para el que se iba, porque éste llevaba en su pecho la alegría y la ilusión del triunfo —quizá químérico— en la gran ciudad.

Pero Agnes...

XIII

Apenas llegó a Londres se entrevistó con Steerforth, el amigo de la infancia, que para él había sido un ídolo, y aquella noche ambos fueron juntos al teatro.

Era Steerforth un muchacho distinguido y apuesto, gran amigo de divertirse y experto conocedor de todo Londres.

Hijo de padres ricos, la vida era para él un camino de rosas. No había capricho que no satisfaciese ni amor de doncella que no lograse.

Con tan inapreciable compañía, David estaba seguro de llegar a conquistar la capital.

Copperfield hallábase entusiasmado de asistir a una función de gran gala, máxime cuando ponían “El Pájaro Encantado”, obra que él estaba ansioso de ver.

Ocupaban un palco del primer piso.

Steerforth hacía comentarios sobre la obra y sus intérpretes, cuando de pronto se dió cuenta de que su amigo no le escuchaba, pues ha-

llábase absorto contemplando a una linda muchacha que en compañía de dos señoritas ancianas ocupaba el palco de al lado.

—David, que el escenario está allí—le advirtió con ironía.

Sonrió Copperfield y le rogó que mirase con disimulo al citado palco y vería a la muchacha más preciosa que existía.

—En efecto, es bonita—corroboró Steerforth—, pero fíjate qué dragones la guardan.

—Oh, sería maravilloso tener una ocasión de hablar a solas con ella! Pero es difícil lograrlo. A no ser que el teatro se incendiase o algo parecido. Entonces yo la salvaría y...

—Hay un medio más sencillo, Davy. Déjame a mí, que soy ducho en esas cosas.

Encima de la barandilla que separaba los palcos, había unos gemelos pertenecientes a una de las ancianas, los cuales hizo caer, de un manotazo, en las rodillas de David.

Y cuando la dama fué a recurrir a sus gemelos, Steerforth le ofreció los suyos hasta que pudieran encontrar aquéllos en el entreacto.

Aceptó el ofrecimiento la señora, y esto fué motivo para que entablasesen ella y Steerforth conversación y para que éste acabase ofreciéndoles su palco desde donde verían mucho mejor que desde el que ellas ocupaban.

Cuchichearon las dos damas y como reconocieron que, en efecto,

la joven que les acompañaba no veía muy bien la escena, terminaron por aceptar.

Y David consiguió su deseo de hablar con aquella jovencita de belleza frágil y delicada.

La conversación de la niña era insulsa, pero a David le pareció bella e interesante. Porque el amor no reconoce nunca defectos en el ser amado, y David se había enamorado fulminantemente de Dora Spenlow, que así se llamaba la jovencita.

XIV

A Steerforth le sedujo la idea de pasar una temporada en Yarmouth, junto al mar, en compañía de Copperfield.

Estaba tan saturado de ciudad, que unas semanas a orillas del mar le harían mucho bien a su espíritu y a su cuerpo.

Llegaron a la hora del crepúsculo vespertino a casa del viejo Dan Peggotty. En el interior de ésta todo era algarabía, causante de la cual era el hecho de haber solici-

tado Ham, de Daniel, en aquel mismo instante, la mano de Em'ly, la antigua compañerita de David, quien habíase convertido en una bella mujer.

La presencia de los forasteros vino a aumentar la alegría que a todos dominaba.

Dan, con su simpática campechanía, hablóles así:

—¿Qué dirían ustedes de un hombre más alto que un trinquete, que se deja robar el corazón que

tiene dentro de ese pecho enorme por una niña como Em'ly? (Esta se escabulló de la estancia, ruborosa). Esta noche, por fin, se ha atrevido a solicitar su mano y la chiquilla ha consentido. Les aseguro que si algún día llegase yo a naufragar y viese desde lejos las luces de este puerto brillando para mí por última vez, dejaría esta vida tranquilo, con la certeza de que quedaba un hombre aquí, en tierra, que velaría por mi querida Em'ly durante toda su vida.

Ham, que escuchaba con atención al viejo, dijo, balbuceante, con emocionada sonrisa en su rostro:

—Yo daría mi vida entera por ella, señorito Davy. Esa es la verdad, señores... Ella es para mí... ¡ella es todo cuanto yo pudiera ambicionar... y aún más que todo eso! Otro hombre quizás lo diría mejor que yo.

—Nadie podría decirlo mejor, ni nadie más merecedor de la dicha que tú — le dijo David, dándole unas cariñosas palmadas en la espalda.

Steerforth le tendió la mano a Ham y le dió la enhorabuena; luego, dirigiéndose a Dan, le dijo:

—Tiene usted que conseguir que

su sobrina regrese, o sino tendré que marcharme. Su ausencia junto al fogaril esta noche no se puede consentir ni a cambio de todo el oro de las Indias.

—Tiene usted sobrada razón. Voy en seguida a buscarla — manifestó Dan, alegremente, internándose en seguida en la próxima habitación.

La vieja aya de David, Peggotty, entró en aquel momento, y al ver al joven se abrazó a su cuello, casi llorando de alegría. Peggotty, que se casó con míster Barkis, el cochero, había quedado viuda.

A poco regresó Dan, trayendo casi a rastras a Em'ly, que llegaba sonriente, pero encendida en rubores.

Mistress Gummidge llenó unas pequeñas jarras de cerveza y las ofreció a cada uno de los presentes.

—¡Bien pensado, abuelita! — exclamó Dan. — Tomemos un vaso, caballeros, que aunque uno sea tan áspero como un erizo, ha de saber darle la bienvenida a los forasteros.

—Gracias, míster Peggotty — repuso Steerforth, quien levantó su vaso y dijo: — Y ahora me permitirán ustedes un brindis. Yo brindo

por la pequeña Em'ly, la flor de Yarmouth; en honor de su belleza y por que sea feliz en su matrimonio. Y brindo también por el que será su esposo: el hombre de más suerte de toda Inglaterra.

Los ojos azules de Em'ly agraderon el elogio con una mirada tan dulce, que era como una caricia.

Luego, mientras iban saboreando la cerveza entre el humo de las pipas, Steerforth cantó una romántica canción en honor a Em'ly.

XV

La estancia en Yarmouth se prolongó más de lo que en un principio habían proyectado.

En la posada del "Viejo Navegante" se hospedaba Steerforth.

Una tarde, a última hora, penetró David en la habitación de su amigo, el cual se hallaba acostado en un diván. La presencia de Copperfield, quien había entrado casi sin hacer ruido, sobresaltó a Steerforth.

—Pero, David — exclamó, mirándole con ojos asombrados—.

Y la linda muchacha de loca fantasía se hizo la ilusión de que sus sueños se cumplían, de que aquel hombre era el príncipe encantador que ella se había forjado y que venía a llevársela consigo a tierras lejanas. ¡Qué pernicioso efecto producía en su espíritu, propenso a la exaltación, Steerforth, con su aire mundano y las miradas melancólicas que le dirigía mientras cantaba!

Entras como un fantasma que viiera a pedirme cuentas.

—¿Y de qué puedo yo pedírtelas? —inquirió David, riendo.

Pasóse Steerforth la mano por la frente. Señaló la chimenea, en la que ardía una buena fogata, y le explicó a su camarada:

—Me entretenía en mirar los contornos que finge el fuego. Tú no sabes cómo detesto esta hora ambigua del atardecer, que no es día ni es noche. ¿Y tú, qué has hecho?

D A V I D C O P P E R F I E L D

—He ido a llevar unas cuantas cartas al correo.

—¡Ah! Más cartas a Dora. Son dos o tres las veces que al cabo del día escribes a tu beldad. ¡Cómo te envidio!

El criado de Steerforth apareció en el umbral.

—¿Qué hay, Littimer? —le preguntó su amo.

—Dispénseme el señor. Lo he arreglado todo para que tenga el yate este verano. Creo que hallará las condiciones de adquisición satisfactorias, ¡completamente satisfactorias!

—¿No es cierto que Littimer es un criado ideal? —inquirió Steerforth de su amigo—. Respetuoso, discreto y negociante.

Littimer, que en realidad era un sujeto de lo más servil y rastretero que darse puede, le dió las gracias con fingida humildad a su señor.

—Voy a tomarme muy en serio mi papel de capitán de yate —prosiguió Steerforth, dirigiéndose a David, mientras se colocaba una gorra de marino que su fámulo le había traído—. Ya verás qué magnífico verano pasaremos por esos mares. Dos ociosos aprendices que sueñan y que navegan. Tú soñarás con Dora, y yo...

Se detuvo, como asustado de lo que iba a decir, y desvió el tema preguntándole a su criado:

—¿Cuándo estará el barco listo, Littimer?

—Están aparejándolo de nuevo y pintándole el nombre.

—¿Y qué nombre le vas a poner? —inquirió Copperfield.

—“La Pequeña Em’ly”.

David le miró con asombro. Luego se echó a reír.

—¡Oh!, ¡qué orgullosa se pondrá cuando lo vea!

—Lo merece. Es simpática, es guapa. Pero... ¿no te parece que el hombre con quien se va a casar es un necio?

—Steerforth! ¡Hombre, por Dios! No pretendas pasar por cínico. Demasiado sé que tú simpatizas con esta gente sencilla y que has sabido adaptarte a su feliz existencia, por lo cual te admiro.

La mirada de Steerforth sondeaba el alma de David por sus ojos. Y la halló tan sincera, tan ingenua, que no pudo menos que decir emocionado:

—Ahora me doy cuenta de una cosa: de que eres demasiado bueno, Davy. ¡Si todos fuéramos así!... ¡Oh, Davy! Si algo llega a separar-

nos, prométeme que sólo recordarás de mí el lado bueno.

—Tú, para mí, no tienes ni lado bueno, ni lado malo —repuso David, sin comprender.

Pero no había de tardar en ver claro. Una noche lluviosa en que se hallaba sentado al amor de la lumbre, en casa de Dan Peggotty, llegó Ham, chorreando agua por todos los pliegues de su chaquetón de hule y le pidió a David que saliera un momento, que tenían que enseñarle algo Em'ly y él.

En el temblor de la voz y en la palidez del rostro, comprendió Copperfield que algo grave le ocurría a aquel hombretón que tenía alma de niño.

—Ham, ¿qué pasa? —inquirió ávidamente, cuando hubieron traspuesto el umbral.

—Señorito Davy... yo... —balbuceó el gigantón.

—¡Contesta, por Dios! ¿Qué pasa?

—¡Ella!...

—¿Qué?

—¡Ella, por quien yo hubiera muerto y por quién moriría aún... ha huído!

—¿Qué ha huído?

—Sí, señorito Davy. Se ha fugado. Y yo le he pedido a Dios que

le arranque la vida antes que verla hecha una desgraciada... Usted que es un hombre instruido, dígame lo que debo hacer. ¿Qué puedo decirles a los de casa? ¿Cómo darle a tío Dan esta funesta noticia?

Pero Dan estaba ya en la puerta, alarmado por aquel extraño conciliáculo, e inquiría la causa de éste.

—Se trata de Em'ly —le explicó David.

Ham tendíale una carta a Copperfield.

—Una carta de Em'ly, señorito. Léala usted despacio. Aun no estoy seguro de haberla entendido.

David leyó:

—“Cuando tú, que me has querido muchísimo, más de lo que merecía, leas esto, estaré ya muy lejos de aquí, y no volveré, a no ser que él me traiga hecha una gran señora. Tú, a quien tanto mal hice, debes buscar otra mujer que te sea más fiel que yo y más digna de ti. Quiero que le digas al tío Dan que en mi vida le he querido tanto como ahora. Díselo...”

—¿Quién es él? —rugió Dan—. ¡Necesito saber quién es!

El mandato era tan imperativo, que Ham habló así:

—Un coche particular fué visto

DAVID COPPERFIELD

por algunos a la entrada del pueblo esta mañana, un poco antes del amanecer. Un hombre iba en su interior, un hombre que usted conoce, señorito Davy. ¡Y Em'ly se fugó con él!

—¡Steerforth! —exclamó David, y bajó la cabeza, abrumado, considerándose en parte culpable de aquella desgracia. Ham pareció adivinar su pensamiento.

—A usted no le alcanza ninguna culpa, señorito. Yo no trato de acusarle a usted de nada. Pero, en efecto, ¡era Steerforth!

Dan hallábase fuera de sí. Sus puños se crispaban, le temblaba la

barba; por sus ojos salían llamaradas de odio.

Quiso marchar en busca de los fugitivos, pero mistress Gummidge consiguió disuadirle de tal locura.

Entonces todo su rencor se tornó en commiseración hacia la irreflexiva muchacha, que había tratado de convertir en realidad los locos sueños de su infancia con aquella fuga.

Y Dan lloró abundantes lágrimas.

—Yo la perdono... —rezongaba —la perdono de veras. Pero la he de encontrar, aunque invierta en ello hasta el fin de mis días.

XVI

David Copperfield logró realizar en Londres su ambición soñada: un editor le había aceptado su primera novela. La obra llegó a manos de tía Betsey con una carta en la que decía que llegaría a Canterbury en una fecha inmediata.

El tiempo le faltó a la dama para trasladarse a la citada población a comunicarle a Agnes la grata nueva.

Juntas las dos mujeres, contemplaban con veneración aquel libro escrito por el ser a quien tanto querían.

—Mi querido sobrino —decía con emoción tía Betsey—. ¡Ver al fin impresa y encuadrada su obra tan querida!

—¡Una obra excelente! —aseguraba Agnes, llena de fervoroso entusiasmo—. Bien sabía yo que

aquellos cuentos y novelitas cortas prometían un gran escritor.

—¿Te has fijado, por casualidad, en la dedicatoria? —inquirió con malicia inocente la tía Betsey. —Dice: "Dedico este libro al querido que ha sabido infundirme alegria, inspiración y amor". Léelo tú, hijita. Ya debes saber a quién se refiere, ¿no es verdad?

Las mejillas de Agnes se arrebolaron.

—¡Oh, no, tía Betsey! —protestó, risueña—. No hay nada entre nosotros. David me quiere como a una hermana tan sólo.

—¡Tonterías! Entonces, ¿por qué dice en su carta que necesita confiarle un secreto muy importante? Mira, aquí lo dice: "La más importante decisión de toda mi vida, la cual estoy seguro de que hará de hacerla a usted muy dichosa, tía". ¡Pero, bendito sea Dios! ¿Cómo no está aquí ya? Traerá retraso la diligencia de Londres. ¡Ah, querida, su pensamiento es más claro que el agua! El chico sabe muy bien dónde está su felicidad, tonina. Si supieras cómo he soñado yo con veros casados. Y al fin...

Agnes se acogió a los brazos de la dama, y murmuró:

—¡Tía Betsey! Yo traté de ocultar mi cariño, pero...

—¡Tonta, tonta! ¿Por qué habías de ocultarlo?

Se oyó el sonido de cascabeles. A poco irrumpía en la estancia David Copperfield, radiante de alegría.

Pasado el momento de los saludos llenos de emoción, tía Betsey, que se hallaba deseosa de conocer las noticias que le anunciara David en su carta, preguntóle cuáles eran éstas.

Y David habló con entusiasmo de esta manera:

—Estoy enamorado con locura de la muchacha más adorable y más ideal que existe.

Dirigió tía Betsey una mirada significativa a Agnes, quien bajó el rostro, encendido en rubores.

Pero David continuó:

—Esa muchacha se llama Dora Spenlow.

Un silencio de muerte se hizo en la estancia.

Agnes sintió como si una aguja de hielo le hubiese traspasado el corazón.

La sonriente expresión de tía Betsey habíase tornado severa.

—Dora Spenlow—dijo, con gra-

vedad—. Espero que la hayas sabido elegir con juicio.

—¿Con juicio? —repitió David, quien ajeno al dolor que causaba a la infeliz Agnes, declaró—: ¡Pero, tía, si es la mujer más encantadora que jamás pude soñar!

Precurando ocultar su sufrimiento, que pugnaba por asomarse a sus ojos, traducido en lágrimas, Agnes le tendió la mano y le dijo:

—Te felicito, David; te felicito de todo corazón.

Y salió de la estancia para no descubrir su pena.

XVII

Un hombre hallábäse limpiando con su pañuelo la placa de metal de la puerta de casa de Wickfield.

—¡Micawber! ¡Mi viejo amigo Micawber!

Aunque abrió los brazos para abrazarle, Micawber permaneció indiferente. Era otro hombre. Del Micawber lleno de buen humor y optimismo que David conociera, no parecía quedar nada en este Micawber, hechura de Uriah Heep. Y como Uriah Heep se hubiera expresado, se expresó él:

—Soy yo muy humilde—dijo para ser su amigo. Yo...

Aquí se detuvo, dándose cuenta de lo extraño de su propio proceder, y propinándose un manotazo a sí mismo, dijo:

—¡Ah, no sé por qué hago esto!

Y le tendió la mano a Copperfield.

Reparó éste en la placa de la puerta y al ver que en ella no sólo se hallaba grabado el nombre de mister Wickfield sino también el de Heep, preguntó, lleno de asombro:

—¿Qué dice esta placa? ¿Es posible esto?

—Lo es—confirmó Micawber—. Mi amigo Heep ha prosperado mucho en estos últimos años. En resumen. Se ha asociado.

—¡Micawber!

—Su servidor.

—No cree usted que Heep es un socio demasiado especial para mister Wickfield?

—Querido Copperfield. Todo

cuanto puedo decir de mi buen amigo Heep es que ha respondido siempre a mis apremios económicos con gran generosidad. Ciento que le firmé varias letras, pero él me salvó de las garras de la usura.

David creyó ver la clave de la metamorfosis de Micawber en sus propias palabras.

—Yo creo que él ejerce un poder extraño sobre míster Wickfield —manifestó el joven—. En mi opinión ha sabido aprovechar cuantas ocasiones ha tenido, ¿no lo cree usted así?

—Yo estoy ocupando un cargo de confianza y discreción. Por lo tanto, permítame que le advierta que no debemos en modo alguno discutir los asuntos de los señores Wickfield y Heep. Y no tomará usted esto como una ofensa, supongo yo...

Irritado por la contestación rasadera de Micawber, David le respondió, en son de reto:

—Como usted quiera.

Durante la comida tuvo ocasión David de comprobar la nefasta influencia que el astuto Heep ejercía sobre míster Wickfield. El antiguo pasante había sabido irse adueñando poco a poco de la voluntad del

anciano, y ahora era él quien mandaba en Wickfield.

Había fomentado en éste de tal modo el vicio de la bebida, que el buen notario no sabía ya pasar sin ésta.

—¡Caramba, caramba! ¡Qué gran profeta ha resultado usted con respecto a mí, míster Copperfield! —decíale Heep a David, guiñando sus ojillos de ratón y sonriendo con su hipócrita sonrisa—. ¿No recuerda? Usted me dijo que yo llegaría a ser socio de míster Wickfield algún día, ¿eh?

David no le respondió.

—Sí, has constituido una gran ayuda para mí —manifestó Wickfield.

—Mi padre solía decirme: “Sé humilde, Uriah, y tú medrarás”... Con humildad se logra cuanto uno ambiciona. Por mi parte, debo decir que no creo haber fracasado,

Flotaba en el ambiente un extraño malestar. Para conjurarla, Agnes propuso a su padre trasladarse al salón, donde tocaría un poco el piano, pero el ladino Heep, que no descuidaba un momento de ejercer su influencia sobre su socio, sugirió que se quedase con él y Copperfield a beber una copita más.

Así se hizo. Y el rastlero Heep levantó su copa y dijo:

—Querido socio. Voy en este momento a tomarme la libertad de hacer un nuevo brindis. ¡Por la más divina de las mujeres: Agnes Wickfield!

El silencio acogió sus palabras. Los rostros de los presentes no pudieron disimular el desagrado que les producía el tal brindis.

Uriah lo notó y por eso exclamó:

—¡Ah! Ya sé que soy un individuo demasiado humilde para así brindar por ella, pero la admiro... ¡y la adoro!

Mortal palidez cubrió el semblante de Agnes. Las mandíbulas de David encajaronse de rabia.

—¿Puedo hablar claro entre amigos? —añadió—. El ser su esposo ya es motivo suficiente de orgullo, pero el ser su esposo aun lo será más, por eso yo...

No pudo continuar. Wickfield se había erguido, lleno de indignación, roja, congestionada la cara, y barbotó:

—¡Que tú...!

—¿Qué le pasa a usted, señor mío? ¿Qué le pasa? —le preguntó desafiador Uriah.

—Mi hija es lo único que tengo,

y que un sujeto como tú se atreva a tanto sin considerar...!

Hubiérase abalanzado sobre él a no contenerlo a tiempo David.

—¡Vamos, reprímase, señor! —le aconsejó el muchacho, mientras le obligaba a sentarse.

—Poco a poco he dejado en sus manos no sólo dinero, sino reputación, paz, tranquilidad, hogar! —decía el anciano.

—¡Yo no he hecho más que defender todo eso! —protestaba Heep.

—¡Y ahora al fin puedo darme cuenta de lo que en realidad eres: un canalla! —siguió diciendo Wickfield.

—Tápele la boca, Copperfield! —bramó el repugnante personaje.

—Tal vez llegue a decir cosas que le pesaría después y que usted sentiría haber oído. ¿Entiende, querido compañero? No removamos la charca.

Agnes consiguió llevarse a su padre de aquella estancia.

David se aproximó a Uriah y en actitud desafiadora le dijo:

—Antes de dar esta cuestión por terminada, entérese usted de que Agnes Wickfield se halla tan por encima de usted y de sus ruines aspiraciones, como la luna misma.

Con burlona risita le contempló el astuto ex pasante.

—Usted siempre me ha odiado cordialmente, míster Copperfield—dijo—. De eso estoy bien convencido. Usted me ha creído *demasiado* humilde. Pero ahora —y fué subiendo de tono hasta convertirse en agresivo—, ahora no quiero consentir ser avasallado por alguien que nada tiene de humilde. ¡Para conseguir el amor todo es lícito! ¿Se entera?

Una bofetada restalló con fuerza en su mejilla. Era el adecuado comentario que David ponía a sus palabras.

—Para que dos riñan—expresó Uriah, mirándolo iracundo—, los dos han de quererlo. Y yo no lo quiero. Conque ya sabe usted lo que puede esperar de mí.

—Sólo espero dos cosas de usted. La traición y el desengaño—repuso el joven.

XVIII

David Copperfield casóse con Dora Spenlow.

Este matrimonio fué una gran equivocación por parte de David. Dora no era una mujer buena para esposa.

Carecía en absoluto de facultades de buena ama de casa. Era descuidada y malgastadora, no sabía hacer un guiso ni nada de alguna utilidad. Tenía un perrillo faldero y a arreglarlo, a charlar con él y a darle todos los caprichos que quisiera, dedicaba la mayor parte de las horas del día.

David se irritaba y llegaba a enfadarse con ella al ver sus tonterías. Pero Dora tenía siempre dispuesto el gran recurso para hacerle desarrugar el ceño y obtener de él, no sólo su perdón, sino todo cuanto quisiera. Ese recurso consistía en derramar unas cuantas lagrimitas.

Donde se puso en evidencia su ineptitud, fué en cierta comida que David diera a tía Betsey y a míster Dick, en la que los manjares eran duros y estaban crudos cuando no quemados y faltos de sazón.

Esto sacó de quicio a David, el

D A V I D C O P P E R F I E L D

cual recriminó duramente a su esposa delante de sus invitados.

Aquella noche, mientras David trabajaba, penetró Dora en el despacho y le pidió que le perdonara por lo ocurrido con la comida. Reconocía que ella tenía la culpa.

—No, Dora, no—protestó él—, yo soy el culpable de todo, yo que he querido enseñarte cuando en realidad lo que debía haber hecho era buscar quien te ayudara. Mandaré venir con nosotros a Peggotty. Ella nos cuidará a los dos encantada.

—¡Oh!

—Anda, vete ya a dormir. Debes estar cansada.

—No, Davy, déjame estar aquí contigo un ratito—le pidió mimosa y en el mismo tono le suplicó—. ¿Me quieres conceder un favor? Ya sé que es una tontería, pero...

—¿Qué maravilloso favor es ese?

—Yo... yo quisiera ayudarte en tu trabajo. Por ejemplo... ¿me das ir dándote la pluma?

—Sí.

Y así, aunque en lugar de una ayuda era un entorpecimiento para el trabajo de David, su esposa iba dándole las plumas para que él escribiese, divertida en esta operación que revelaba su mentalidad pueril.

De pronto Dora sintió un extraño malestar; se pasó la mano por la frente y se derrumbó cuan larga era.

Alarmado, David la recogió en sus brazos y la transportó al lecho.

Aquel vahido no era una cosa pasajera, sino el principio de una cruel enfermedad.

XIX

Dora continuaba enferma en cama.

Peggotty, llamada con urgencia por David, era su enfermera.

Cierto día, al llegar Copperfield a su casa, encontró en ésta a Dan, quien tenía noticias de Em'ly.

Dan habló así:

—El hecho ocurrió en Nápoles. El mar por testigo. En aquella ciudad se cansó de ella y la abandonó. Cuando la pobre se enteró de que había sido abandonada por el hombre en quien había cifrado to-

das sus ilusiones y por el cual todo lo había sacrificado, su corazón quedó deshecho. Y para que su dolor fuese más profundo, aquel criado de él, aquella serpiente con forma humana, la insultó y la escarneció, diciéndole que su amo la había dejado allí para que se casase con él, como compensación a su desventura, tal que si fuera ropa usada que harto uno de ella se regala a la servidumbre. Mi pobrecita niña intentó darse muerte ante aquel ultraje. Entonces aquel criado sin entrañas la encerró como si fuese una prisionera.

Hizo Dan una larga pausa. David, que lo contemplaba con atención, dábale cuenta de lo envejecido que se hallaba desde el día desdichado en que Em'ly les abandonara para irse con Steerforth.

—Cuando llegó la noche—prosigió el anciano— forzó la ventana de su prisión, consiguiendo escapar de la villa de su seductor por unos acantilados y ganar la orilla del mar. Como una loca corrió millas y millas por la playa, dando tumbos, cayendo aquí y levantándose allá. En su delirio creía hallarse caminando a la ventura por la playa de Yarmouth y nos llamaba a gritos a

los que tanto la amamos. Su enloquecida imaginación hacía imaginarse que ya divisaba nuestra vieja casa y que se hallaba al fin cerca de nosotros. Pero las fuerzas le flaquearon y cayó sin sentido en la arena.

“Cuando llegó la mañana la encontró la mujer de un pescador, la cual se apiadó de ella y la llevó a su casa, la cuidó y nos dió aviso a nosotros. Toda la noche la hemos pasado en vela juntos, con sus brazos alrededor de mi cuello, con su cabeza recostada sobre mi corazón. Ahora los dos estamos convencidos de que podemos tener fe ciega el uno en el otro para siempre. Tan sólo hay una cosa, señorito David, que me tiene hondamente preocupado. Se trata de Ham, señor. Está triste, sombrío, parece haber perdido el ansia de vivir. He oído decir que cuando el temporal arrecia y el riesgo es grande, se pone siempre en los sitios de mayor peligro, como si deseara que se lo llevase un golpe de mar. En usted confío, señorito. ¿Querrá usted ir a Yarmouth lo antes posible y tratar de ponerse al habla con Ham? Dígale que la propia Em'ly le hace saber que no olvidará lo bueno que fué

para ella y que de todo corazón le suplica que le perdone su falta y que le dice adiós.”

Levantóse David de su asiento y dándole una palmada en la espalda al buen anciano, le prometió que saldría en la primera diligencia hacia Yarmouth.

Cuando llegó a Yarmouth, era casi noche cerrada.

Un violento temporal azotaba la costa.

La diligencia hubo de detenerse por hallarse interceptado el camino por un numeroso grupo de gentes de mar que contemplaban con angustia la loca carrera sobre la cresta de las olas de un buque desmantelado que corría a la deriva con inminente riesgo de estrellarse contra la costa.

Unos cuantos valientes se apresaban a salir en socorro de la embarcación en una lancha, pero tantas veces como intentaban botar ésta, otras tantas el mar enfurecido se oponía a su intento y lo frustraba volcándola.

David descendió de la diligencia, e inquirió de uno de los presentes qué barco era aquel, respondiéndole que parecía tratarse de una goleta española o portuguesa.

A pie continuó su camino hasta

la casa de Dan Peggotty, en donde sólo halló a mistress Gummidge, a quien preguntó dónde se hallaba Ham.

—Allá en la playa, ayudando al salvamento—le respondió la vieja.

—Necesito verle—arguyó David.

—Le traigo un recado importante de Dan Peggotty.

—Pues en la playa lo encontrará. ¡Oh, señorito David, convénzale de que no haga ninguna locura!

Encaminóse David a la playa de nuevo.

Entretanto Ham, viendo que era inútil tratar de salvar la tripulación de la goleta llegando a ésta por medio de la lancha, intentó hacerlo a nado por sí mismo, llevando un cable atado a la cintura para atarlo a la embarcación, si llegaba a ella, mientras el otro extremo era sostenido en la playa por un puñado de hombres. De este modo pretendía que los tripulantes fueran salvándose uno a uno, deslizándose por el mencionado cable.

Luchando titánicamente con las olas, consiguió llegar al barco y trepar por la borda.

El capitán, hechas jirones las ropas, lleno de rasguños, llegóse como pudo hacia él.

Y cuando estuvieron frente a

frente aquellos dos hombres, se reconocieron.

Asombro y terror pintáronse en el rostro del capitán. Asombro y odio en el de Ham.

Las manos de éste se crisparon en un movimiento homicida.

Pero no atacó. Rápido se arrojó otra vez al mar, lo que equivalía a la sentencia de muerte de aquel hombre al que odiaba.

Un golpe de mar arrebató unos segundos después al capitán.

Cuando David Copperfield llegó a la playa buscando a Ham y lla-

mándolo a grandes voces, no lo encontró.

Vió que unos marineros recogían de la playa dos cadáveres que habían arrojado las olas y un secreto presentimiento le hizo que corriera a verlos apenas los depositaron en la arena.

El dolor mezclóse a la sorpresa. Allí, a un metro de distancia uno de otro, se hallaban sin vida dos seres que habían sido para él muy buenos amigos. Allí se hallaban sin vida dos seres que, a la vez, se profesaban un odio feroz a causa de una mujer: Ham y Steerforth.

XX

Dora fué empeorando de tal modo, que ya sólo era de esperar un fatal desenlace.

Ante la gravedad de la joven, fueron a casa de David la tía Betssey y Agnes.

Esta poseía un corazón tan magnánimo, que nunca había sentido rencor contra aquella niña frágil que había sabido conquistar al hombre a quien ella quería y, en cambio, había sabido intimar con ella

y ser ambas buenas amigas.

Vieron salir al doctor y le preguntaron su opinión sobre la enferma.

El médico movió la cabeza con desaliento.

—¡Pobre Dora! — exclamó Agnes, saltándosele las lágrimas.

Entretanto, en la alcoba de la enferma, mejor dicho, de la moribunda, hallábase David, contemplándola con avidez, con la esperanza de

descubrir una reserva de vida en aquellos ojos cuya luz se iba extinguendo.

—¡Doady! — le dijo ella en un susurro, llamándole con el diminutivo cariñoso que ella había inventado.

—¿Qué quieres, nena?

—Está triste la casa, ¿verdad? — balbuceó Dora.

—Sí, vida, lo está porque no estás tú; pero en seguida volverás a ponerte buena y fuerte, querida.

—¡Ah, Doady! A veces pienso que... ya sabes lo tonta que en estas cosas fuí siempre, que ya nunca me pondré buena.

—No digas esas cosas. Yo estoy a tu lado y no permitiré nunca que nada malo te pase.

—Doady... Yo comprendo que he sido muy niña... No supe ser una esposa...

—Calla. Tú sabes que hemos sido muy felices, muy felices, queridísima Dora.

—Yo sí lo he sido, David... Lo he sido... pero... yo sé...

Su hablar se hacía cada vez más fatigoso; respiraba con dificultad.

—Yo sé — prosiguió — que así que transcurrieran los años... mi niño amado iría cansándose de su mujerciña... se hubiera dado cuen-

ta... poco a poco... de que su hogar no era el que él soñó... Ella no habría sabido corregirse... No, Doady. Es mejor este desenlace... Doady...

—Di, querida.

—Yo... quiero hablar a solas con Agnes... sin que nadie nos interrumpe... quiero hablar a solas con Agnes... a solas las dos... ¡Ah, Doady! Tú nunca podrías amar a tu infantil esposa más de lo que la amas ahora... Sólo que al pasar los años acabarías... acabarías desilusionándote... y entonces ya no podrías quererla como ahora laquieres.

Mientras Agnes permaneció en la alcoba de la moribunda, David, en otra estancia, acariciaba al falderillo y le decía, con el corazón traspasado de pena, afuyéndole las lágrimas a los ojos:

—¡Oh, Jip! ¡Ya no volverá a jugar contigo!

Se abrió la puerta de la habitación y entró Agnes, silenciosa.

En su rostro adivinó David la terrible verdad.

Un llanto desesperado corrió por sus mejillas. Agnes compartía su dolor y trataba de prodigarle consuelo acariciándole el pelo con su mano suavísima.

Míster Wickfield empezó a recelar de su socio al ver un documento que llevaba su propia firma y que él no recordaba haber firmado.

—Juraría no haber firmado este documento—manifestó el bondadoso notario.

—Pues yo estoy seguro de que lo ha firmado usted—repuso Heep con su humilde sonrisa.

—¡Pero yo tendría que estar loco para haber firmado un escrito de tal responsabilidad! — exclamó el padre de Agnes exaltándose.

Agnes, que asistía a la escena, aconsejó a su padre que se tranquilizase y así tal vez lograría recordar.

David Copperfield hallábase presente también y ardía de indignación contra aquel vil sujeto.

—Yo creo—expuso Heep, dirigiéndose a los dos jóvenes—, que míster Wickfield ha sido siempre algo descuidado. Se lo advertí muchas veces y no quiso escucharme.

—¡Sí que te he escuchado! —rugió Wickfield—. Te he escuchado más de lo que debía y ahora...

—¡Oh! No se excite por su culpa, papá.

—Tiene usted razón, miss Agnes — asintió Uriah, y dirigiéndose a míster Wickfield—. A pesar de todo me parece que tendrá usted que seguir escuchándome durante varios años. Si usted se decidiese al fin a aconsejar a miss Agnes que fuese un poco más afectuosa conmigo, quizá le fueran a usted mejor los negocios. Esa sería una buena solución para todos.

Y se marchó altanero. El manso corderillo sacaba dientes de lobo.

Cuando se fué, David le dijo a Wickfield:

—Era inevitable, más no se desespere. Yo aclararé esta situación. Micawber tiene la clave. El sabe mejor que nadie en qué clase de asuntos está metido Uriah.

—¡Micawber! — exclamó Wickfield—. Le ha vendido a ese perro su alma lo mismo que se la vendí yo antes.

—¡Ah! Ciento que Micawber se muestra muy extraño desde que está con él. Esto me ha preocupado

DAVID COPPERFIELD

mucho. A pesar de su aparente despreocupación, ha sido siempre tan honrado que hasta que le hable no quiero anticipar ningún juicio.

Como se lo había propuesto, David habló a Micawber y obtuvo de éste la palabra de que le prestaría ayuda. El antiguo amigo y protector de David hallábase también hartito, al fin, de la tiranía de aquel mal bicho de Heep.

Una tarde, el propio Micawber entró en el archivo de míster Wickfield, donde se hallaba Uriah, revolviendo legajos, que se apresuró a ocultar en cuanto oyó a Micawber, el cual le anunció la visita de miss Trotwood, de míster Copperfield y de míster Dick.

Tras ellos entraron Agnes y su padre.

Uriah los recibió con su proverbial humildad.

—Esto es para mí un inesperado placer, miss Trotwood. Como observará, ha habido algunos cambios en la oficina desde que yo era un humilde pasante. El único que no ha cambiado he sido yo.

—Sí—dijo tía Betsey—. Ya sé que usted no deja de ser el mismo hombre que fué siempre. Estoy segura de que *en nada* ha cambiado.

—¡Ah! Gracias por su buena opinión.

—Nadie ha formado de usted buena opinión aquí—arguyó David enérgico.

—¿Aun pretende usted buscar querellas, míster Copperfield?

—Deseo algo más que eso.

Micawber se hallaba ante la puerta, como guardando la salida.

—Márchese, Micawber — le ordenó Heep—. ¿Por qué se queda aquí?

—Porque... porque... En resumen: porque quiero quedarme.

—¡Ah! Usted siempre ha sido un sujeto indigno, como saben todos los presentes. Me veré obligado a despedirle. ¡Salga de aquí!

Micawber se desató:

—Si en la esfera terrestre existe un bergante con el que me he denigrado en tratar, tenga entendido que el nombre de ese bergante es Heep.

Uriah miró en torno suyo y sólo vió caras hoscas.

—¡Ah, ya entiendo! ¿Una conspiración, eh? Ya sé de dónde proviene todo esto.

Encaróse con David.

—Nunca nos quisimos bien usted y yo. Usted ha sido algo así como

un falderillo orgulloso, desde el momento en que se vió en esta casa. Usted me envidia porque he prosperado aquí, pero de nada ha de servirle. ¡Nos veremos las caras!

—Míster Micawber—dijo David sin hacerle caso—, este cambio de carácter me confirma que tenemos razón. Trátele usted en la forma que merece.

—¡Ah! Todos ustedes son tal para cual. Hasta tratan de sobornar a mi dependiente. ¡Despreciable escoria, como lo fué usted, Copperfield, antes de que alguien se apiadase de su miseria! Miss Wickfield, si de veras quiere usted a su padre, no se ponga de parte de ellos, porque si lo hace, los sumiré a ustedes en la ruina.

Quiso marcharse, pero Micawber le cerró el paso.

Sacó entonces Micawber un rollo de papel y empezó a leer con voz altisonante, la acusación que en él formulaba contra Uriah Heep, al que trataba de falsificador y de ladrón.

—¡Miente! —gritó Heep, quien trató de abalanzarse sobre Micawber, pero éste, con una regla que llevaba le dió un fuerte golpe en la mano que le arrancó un grito de dolor.

—¡Ah, ya me las pagará todas juntas, Micawber!—le amenazó—. Usted ha obedecido mis órdenes y es por eso tan culpable como yo.

Micawber le llamó monstruo y un montón de infamias y le desafió, usando la regla a modo de espada. Luego continuó la lectura de su acusación, en la que hacía constar que Heep había conseguido que míster Wickfield firmase documentos de gran responsabilidad haciéndole creer que carecían de importancia, y por los cuales Heep se apoderaba de los caudales confiados por sus clientes a la custodia del honorable caballero, y que Heep había falsificado en libros y documentos la firma de Wickfield, y podía probarlo porque en su poder se hallaban algunas de dichas falsificaciones.

Viéndose cogido en la trampa, Heep miró con angustia hacia un armario, corrió a él, lo abrió y al hallarlo vacío gritó:

—¡Los libros! ¿Dónde están los libros? ¿Quién los ha robado?

—Yo se sido —declaró Micawber—, cuando usted me dió las llaves esta mañana, como de costumbre.

—No tema usted—le dijo David.

—Están en mi poder. Yo me encargo de ellos.

—¡Ah! ¿Conque usted se aviene a ser encubridor?

—En las actuales circunstancias, sí.

No vislumbrando salvación volvió a su fingida humildad.

—¿Qué debo hacer?—inquirió.

—Primero entregarme ahora mismo la escritura de constitución de la sociedad.

—¿Y si no la tengo?

—Pero como que sí la tiene...—intervino tía Betsey.

—Devolverá —prosiguió David— todos los títulos que se ha llevado y cuanto dinero se apropió, sin olvidar ni un solo penique. Todos los documentos y libros que a la sociedad se refieran, pasarán a nuestro poder.

—¿Cree usted? —dijo Uriah cínico—. De eso no estoy muy seguro. He de pensarla antes.

—Desde luego. Tendrá tiempo sobrado para pensarlo en la cárcel. ¿Quiere llamar a un par de agentes, míster Dick?

—Con mucho gusto!—exclamó el simpático anciano.

—¡No, no! —protestó Uriah—. Aguárdese un momento.

Y volviéndose sonriente a Copperfield, manifestó:

—No es preciso perder los estribos, míster Copperfield. No hay que extremar las cosas. Usted ya sabe que yo soy una persona muy humilde. No tengo el menor deseo de elevarme por encima de mi condición. ¿Verdad que no?

A David le repugnaba oír hablar de tal modo a aquel sapo y sin responderle le exigió:

—¡Las llaves!

Entrególas sin resistir.

—¿Ya hemos terminado, míster Copperfield?—inquirió sumiso.

—Sí.

—Entonces humildemente me permito deseárselas a todos muy buenas tardes.

Y desapareció con su paso menudo, encorvado el cuerpo y torva la mirada.

* * *

Desde su ventana vió tía Betsey a David, paseando en compañía de una joven, por los campos que la primavera había cubierto de florecillas.

—¡Caramba! ¿Quién puede ser esa señorita que viene acompañando a David?

Si hubiera estado más cerca habría visto que era Agnes, sonriente

de felicidad, como David, y habría oído las palabras de ambos, que eran éstas:

—Debo hablarte claro, Agnes...
Después de la muerte de Dora, me
fuí lejos, solo con mi desdicha. Y
en mi alejamiento empecé a com-
prender que te necesitaba. Y regre-
sé a tu lado amándote ya.

—David. Recordarás que la noche en que murió Dora, yo estuve a solas con ella. La última cosa que me pidió fué que yo la sustituyera en tu corazón. ¡Yo siempre te quise, David!

Se habían aproximado más a la casa.

Y ahora tía Betsey, a quien se le había agrupado mister Dick, pudo reconocerla sin ninguna duda y pudo ver perfectamente el beso largo y apasionado que los dos enamorados se dieron.

Y la severa dama sonrió satisfecha y le dijo a su compañero, quien tenía también el rostro barnizado de felicidad:

—¡Ya era hora de que llegara esto! ,Eh, míster Dick?

FIN

Próximo número:

LA APASIONANTE NOVELA

LA LLAMADA DE LA SELVA

por **Clark Gable**, **Loretta Young** y el perro **Buck**

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

M 6-12

E. B.

Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

Precio: Una peseta